

OPINIÓN



**La identidad del PT y la crisis en Brasil**  
por ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA

CULTURA POLÍTICA

**América Latina y su mudable amor por la democracia**

por LUDOLFO PARAMIO

Viejas prácticas y nuevas fórmulas en la cultura política de la región.

**Populismo y transformación del imaginario político**

por ERNESTO LACLAU

La construcción de una alternativa de centroizquierda en la Argentina.

**Bolivia, Ecuador y Colombia:**

**el dilema de reformar las reformas**

por RENÉ ANTONIO MAYORGA

La necesidad de fortalecer al Estado y a los partidos para asegurar la gobernabilidad.

**Argentina: ¿una democracia diferente de la que conocimos?**

por ISIDORO CHERESKY

La búsqueda de un equilibrio entre las instituciones y las nuevas vías de participación popular.

**Ciudadanos y relaciones políticas en la Ciudad de México**

por HÉCTOR TEJERA GAONA

La sociedad frente a la herencia de la intermediación.

ARTES PLÁSTICAS

**Carlos Gorriarena: nadie derrama una lágrima por la pintura**  
por MARÍA TERESA CONSTANTIN

LECTURAS

**El abuelo en Buenos Aires**

Cuento inédito de ALFREDO BRYCE ECHENIQUE.

MÚSICA

**El revés del revés del revés del revés**

por GUILHERME DE ALENCAR PINTO

CINE

**Leonardo Favio, cineasta de condenados y rebeldes**

por DAVID OUBIÑA

HUMOR

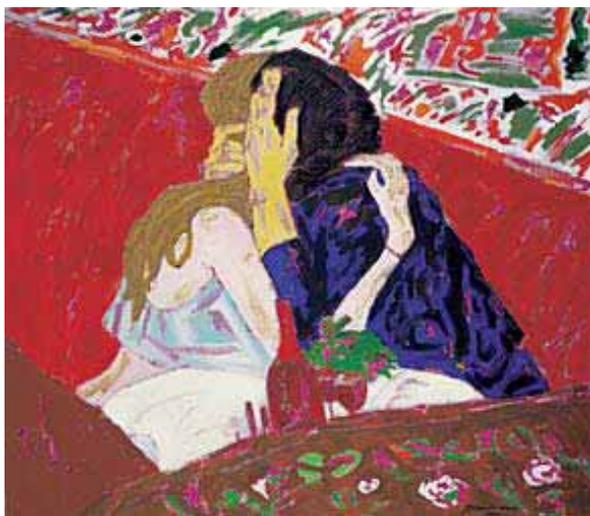
Ferro  
por FERRITO

ARTES PLÁSTICAS



**A remar**  
por OSCAR SMOJE





CARLOS GORRIARENA  
*Señas materiales*, 2001  
 Acrílico sobre tela,  
 140 x 160 cm

## AMÉRICA LATINA Y SU MUDABLE AMOR POR LA DEMOCRACIA

¿Por qué los latinoamericanos tienden a descreer de la democracia en mayor medida que los europeos o los africanos? La respuesta tal vez se halle en la histórica desigualdad social de la región y en las políticas públicas clientelares, que constituyeron hasta ahora la principal modalidad de distribución de los recursos estatales. Construir otra alternativa exige la renovación tanto de los partidos políticos como de las instituciones.

por LUDOLFO PARAMIO profesor de investigación en la Unidad de Políticas Comparadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Madrid

Al hablar de la cultura política en América Latina se plantean dos cuestiones específicas. La primera es justamente si cabe pensar en una cultura política común a una región tan diversa, o al menos si existen rasgos comunes entre los diferentes países que justifiquen hablar de una cultura política distintiva frente a las existentes en otras regiones del mundo. La segunda pregunta se refiere a la

capacidad explicativa o predictiva del comportamiento político que pueda tener la cultura política, y es la pregunta eterna sobre este concepto. Si la cultura política se forma como consecuencia de un contexto social y de una historia, si es una variable dependiente, entonces cambiará cuando cambie la sociedad. Pero, a la inversa, puede suceder que se convierta en un obstáculo al cambio social, que lleve a los miembros de esa sociedad a dar las respuestas equivocadas ante unas circunstancias cambiantes, y con ello a perder las mejores oportunidades que se les abran.

La respuesta a la primera pregunta es fácil y bien sabida. Los latinoamericanos apoyan la democracia menos que los europeos o que los africanos, e igualmente muestran menos satisfacción con ella. Los datos de 2001 que presentó el Latinobarómetro eran bastante llamativos: el apoyo a la democracia (48%) era 30 puntos más bajo en América Latina que en Europa, y la satisfacción con ella (25%) era 29 puntos inferior a la que declaraban los africanos. Se pueden criticar las bases muestrales y la verosimilitud de los datos, pero parece indudable que aquí hay un problema, y a la vez que este problema justifica hablar de una cultura política latinoamericana diferenciada frente a la de otras regiones.

Una primera hipótesis para explicar el menor apoyo a la democracia en América Latina podría referirse a la dilatada y en muchos casos reciente historia de autoritarismo en varios países de la región. Esta hipótesis debería conducir a una similitud con los datos procedentes de las nuevas democracias del este de Europa, pero esta similitud es muy relativa. Tomando en cuenta sólo los diez países del este que en 2001 se podían considerar realmente democracias electorales, un 55% de los ciudadanos valoraban positivamente este régimen, y además se mostraban optimistas sobre su evolución: un 69% tenía expectativas positivas sobre el futuro de sus gobiernos en un plazo de cinco años.

Por otro lado, el ejemplo de España muestra que la cercanía de un largo período autoritario no se traduce necesariamente en bajo apoyo a la democracia: en 1998, el apoyo era del 84%, y la satisfacción con ella del 71%. En general, aunque un mal gobierno también afecte estos indicadores en Europa occidental, se diría que los ciudadanos de esos países distinguen entre la democracia como régimen político y el ejercicio concreto de los gobiernos.

En cambio, todo parece indicar que los latinoamericanos hacen depender su apoyo a la democracia y su satisfacción con ella de la opinión que les merecen los gobiernos, del grado de eficacia que perciben para resolver sus problemas y los problemas del país. Y, por cierto, su visión de la situación nacional y de su situación personal evoluciona de forma bastante paralela, al menos en el plano económico. El desplome del apoyo a la democracia en 2001, un pésimo año económico para la región, se hace especialmente perceptible comparándolo con la valoración que se tenía de las instituciones democráticas en 1997, el año de mayor crecimiento económico desde que se realiza el Latinobarómetro.

Cabe hacer aquí una primera salvedad: si se considera el período 1996-2004 completo, y se toman 1997 y (sobre todo) 2001 como excepciones, el apoyo a la democracia es descendente (del 61 al 53%) pero la caída no es tan alarmante para unos años dominados por las dificultades económicas. Aun así, parece evidente que existe un problema en el hecho de que la impopularidad de los gobiernos arrastre a la propia democracia, disminuyendo su apoyo social y su valoración entre los ciudadanos. ¿Por qué se produce este fenómeno en América Latina en mucha mayor medida que en otras regiones?

Si descartamos que la razón fundamental sea una relativa inexperiencia democrática, podemos buscar las raíces en la extrema desigualdad de las sociedades latinoamericanas. En este punto se centraba el informe *La democracia en*

*América Latina* (2004), del PNUD. Quizá lo más revelador sea la extendida convicción de que el gobierno está al servicio de una minoría privilegiada (71%), de que la acción democrática no es eficaz para defender los propios intereses, y de que los políticos persiguen ante todo sus fines, sin atender a los problemas sociales. Estos sentimientos son la expresión universal de la desafección hacia la democracia, pero parece lógico pensar que serán más profundos y más extendidos en las sociedades marcadas por una mayor desigualdad. Y éste es precisamente el caso de América Latina, la región socialmente más desigual del mundo.

Al hablar de la cultura política latinoamericana surgen inevitablemente algunos tópicos ya habituales: clientelismo, caudillismo, populismo. Se suelen entender como realidades culturales heredadas de la Colonia, que tendrían una existencia propia independiente de los cambios económicos, políticos o sociales. Ahora bien, supongamos que, en vez de pensar (sólo) en términos de una cultura transmitida de generación en generación, tratamos de explicar el clientelismo, por ejemplo, como una estrategia racional de los grupos con menores recursos para satisfacer sus necesidades. En una sociedad muy desigual, donde la mayoría no cuenta con los medios para cubrir sus necesidades básicas (trabajo, educación, salud), el apoyo a un patrón que a cambio puede dar acceso a esos recursos es una decisión bastante racional.

Esto resulta especialmente verosímil para las sociedades decimonónicas y el primer tercio del siglo XX, pero se podría pensar que esa estrategia habría quedado superada en la fase de modernización y desarrollo que comienza en los años cuarenta. Sin embargo, la sociedad dual que se formó en el período de posguerra sólo condujo a un desdoblamiento de la estrategia clientelar. Junto al clientelismo tradicional, que se mantuvo en las zonas atrasadas o entre las poblaciones excluidas de las grandes áreas metropolitanas, surgió un clientelismo moderno en el que el acceso a los bienes públicos venía mediado por la pertenencia a un sindicato, la vinculación a un puntero político; en suma, por la inclusión en una red clientelar ligada al desarrollo estatista.

Difícilmente podía ser de otra manera, ya que los bienes públicos eran insuficientes para garantizar en la práctica derechos universales, y el peculiar racionamiento de esos bienes tomó la forma de un intercambio particularizado de apoyo político o sindical a cambio del acceso a ellos. Eludir el clientelismo equivalía a renunciar a esos bienes en ausencia de posibilidades reales de obtenerlos en el mercado. El desarrollo y el bienestar de la posguerra eran fenómenos segmentados y socialmente insuficientes, y la única forma de beneficiarse con ellos era incluirse en una red, que para la inmensa mayoría de la población sólo podía ser de tipo clientelar.

En condiciones de extrema desigualdad, y a menudo de gran riqueza, también era bastante previsible que la opción política por la inclusión tomara la forma del caudillismo populista. Los nuevos caudillos del siglo XX necesitaban una legitimación social de masas, y la vía para alcanzarla era la redistribución segmentada. Un ejemplo notable es la política social de Getulio Vargas, que dejaba fuera a los trabajadores del campo, no sólo para evitar el conflicto con los terratenientes sino sobre todo porque la base social de apoyo que buscaba eran los trabajadores urbanos. El populismo, entonces, no fue una herencia cultural del caudillismo decimonónico, sino una estrategia racional de poder.

La inevitable pregunta es cómo se han visto afectadas estas estrategias por la modernización económica de los años noventa. Los ajustes primero y la reforma neoliberal del Estado después produjeron una reducción muy significativa de los recursos públicos, y en particular del empleo en ese sector, que pasó del 15,7% en 1980 al 13% en 1999, pero también de los servicios a los que tradicionalmente tenían acceso privilegiado los sectores medios urbanos. Esto condujo a un reforzamiento del clientelismo tradicional y a una crisis del clientelismo moderno, que se traduce en exasperación y movilización de esos sectores medios, que ahora deben competir por recursos más escasos o simplemente ven desaparecer la posibilidad de acceder a ellos.

La frustración de los sectores medios se hace visible cuando la crisis posterior a 1997 quiebra las expectativas creadas por el crecimiento económico durante los primeros años noventa, en los que había disminuido el desempleo abierto y la reducción de la inflación había generado una sensación de bienestar. La crisis también provocó una fuerte demanda de políticas clientelares, que, de acuerdo con la nueva ortodoxia económica, adoptarían la forma de programas sociales focalizados. Como sabemos, la coincidencia de las movilizaciones de las clases medias con las de los sectores excluidos ha tenido consecuencias políticas serias en varios países de la región, incluyendo la salida precipitada de un número significativo de gobernantes democráticamente electos.

Si este análisis esquemático es en alguna medida acertado, el malestar democrático de la región sería fruto de la incapacidad de los gobiernos para ofrecer alternativas modernas al clientelismo. La desigualdad crea de antemano una distancia entre gobernantes y gobernados, que sólo se resuelve parcialmente en la medida en la que aquéllos garantizan el acceso a los recursos públicos. Una vez que se produce el giro hacia el mercado, y que la posibilidad de ofrecer esos recursos a cambio de legitimidad desaparece o disminuye de forma sustancial, la desconfianza hacia los gobernantes crece amenazadoramente cuando el mercado se muestra adverso.

Según este razonamiento, la clave para resolver el problema de la desafección (cultural) hacia la democracia no está tanto en mejorar el diseño de las instituciones como en desarrollar políticas sociales universales que ofrezcan una alternativa a las estrategias clientelares tradicionales o modernas. En este aspecto, sin embargo, la reforma de la administración y de las instituciones estatales desempeña un papel fundamental: no se pueden llevar a cabo políticas sociales no clientelares con instituciones enraizadas en la cultura del clientelismo. Los ciudadanos de menores recursos, como subrayaba el informe del PNUD, sienten que no reciben un trato adecuado por parte de la administración porque son pobres e incultos, y porque ella está al servicio de los poderosos. Mientras la única forma de saltar ese obstáculo sea el cohecho, éste se convertirá en la norma también para los ciudadanos con mayores recursos, y la legitimidad democrática se apoyará en una noción ficticia de ciudadanía.

La desconfianza de los gobernados hacia los gobernantes disminuye cuando el crecimiento se reanuda, pero la desigualdad conduce a que la desconfianza se convierta en la regla del juego en la vida social. La confianza interpersonal de las sociedades latinoamericanas es muy baja, y se establece en el marco de la familia extensa. No es extraño entonces que los vínculos de amistad y familiaridad propios del clientelismo hayan sido históricamente la forma de relacionarse con el poder y con los recursos públicos. Para salir de ese círculo vicioso se necesitan políticas públicas duraderas y estables que ofrezcan una alternativa universalista a los intercambios particularizados propios del clientelismo.

Por otra parte, de la misma forma en que las instituciones arraigadas en la lógica clientelar mal pueden desarrollar políticas universalistas, los partidos políticos anclados en esas prácticas y marcados en su identidad por ellas no están en condiciones de cambiar la lógica vertical del clientelismo por la lógica horizontal de la acción colectiva democrática. Muchas sociedades latinoamericanas atraviesan hoy una crisis de adaptación de los partidos políticos a nuevas circunstancias, y la mayor parte de ellos no parecen ser ni siquiera conscientes de la situación.

En este sentido, cabe temer que la cultura política heredada dificulte el desarrollo de una nueva política y una nueva cultura democráticas, y que se mantenga la añoranza de gobernantes *fuertes* –aunque no necesariamente bajo la modalidad militar y autoritaria del pasado– con los que se puedan restablecer los vínculos verticales de antaño. Para salir de esta dinámica perversa no sólo hacen falta políticas públicas diferentes, sino sobre todo partidos políticos distintos, que escapen a la tentación de improvisar hiperliderazgos coyunturales y se planteen crear otra cultura política. No es una tarea fácil. •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todavía # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



CARLOS GORRIARENA  
*Arrasados IV*, 1979  
 Acrílico sobre tela,  
 80 x 100 cm.

## POPULISMO Y TRANSFORMACIÓN DEL IMAGINARIO POLÍTICO

Vivimos en un tiempo en el que las demandas de la sociedad son cada vez más dispersas y heterogéneas. Por eso resulta particularmente necesaria una acción política que articule esas demandas sin ahogar su diversidad y sus modos de expresión. En esta dirección debería orientarse un proyecto político de centroizquierda en la Argentina.

por ERNESTO LACLAU filósofo político, profesor de Teoría Política, Universidad de Essex (Inglaterra) y de Literatura Comparada, State University of New York (Buffalo)

La Argentina está entrando claramente en un rápido proceso de transformación de su imaginario político. Puede decirse, sin exageración, que éste es el cambio más importante que ha tenido lugar desde la emergencia del peronismo como fenómeno de masas en 1945. Vale la pena considerar por un momento las semejanzas estructurales de la mutación a la que hoy asistimos con respecto a la que tuvo lugar hace sesenta años. Como entonces, de lo que se trata es de crear una nueva divisoria de aguas en el seno del espectro político, capaz de romper con un sistema perimido de partidos que ya no representa a las divisiones y antagonismos reales de la sociedad argentina. En 1945 concluía un largo período fraudulento en el que las organizaciones políticas –ya fueran oficialistas u opositoras–

habían perdido toda representatividad en relación con las fuerzas sociales emergentes. La cuestión era, entonces, crear una nueva polarización en torno a un eje nacional y popular que no podía expresarse a través de ninguno de los sectores políticamente organizados. Esto condujo a lo que hoy se denomina “transversalidad” –el estallido y la fragmentación de todas las fuerzas políticas, cuyos integrantes se ubicaron en uno u otro de los dos campos que dividieron a la sociedad–, y a la emergencia de nuevos actores sociales que accedían por primera vez al ámbito público.

Es esta dicotomía la que dominó el espacio político durante medio siglo, y la que se está desintegrando ante nuestros ojos. Las razones de este proceso no son difíciles de determinar. La vieja oposición entre peronismo y antiperonismo ha perdido buena parte de su relevancia en la medida en que la fragmentación interna del peronismo ha generado proyectos políticos claramente antagónicos, cuyos portadores tienen más en común con otras fuerzas políticas que con sectores rivales procedentes del propio partido. Así, ha comenzado a surgir una transversalidad de nuevo tipo, a la vez que se ha gestado una polarización de carácter también nuevo. Por último, la crisis de 2001 ha movilizado a sectores sociales que antes eran políticamente pasivos –y cuya expresión más típica serían los piqueteros–.

En la actualidad se habla de una posible simplificación y polarización del espectro político entre una formación de centroizquierda y otra de centroderecha. Aparentemente, éste sería el proyecto del presidente Kirchner, quien aspiraría a ser el líder natural de la centroizquierda. Si esta alternativa probara ser viable, acarrearía ventajas obvias para el sistema político argentino, la más importante de las cuales consistiría en poner término a la crisis de representatividad en la que el país ha vivido durante gran parte de las últimas dos décadas. No estoy tan al corriente de las minucias de la política argentina como para arriesgarme a hacer al respecto ningún vaticinio, pero sí me atrevería a señalar algunas de las características que un proyecto de centroizquierda debería reunir para ser exitoso en esta época y en esta región del planeta.

En mi libro *La razón populista* (Fondo de Cultura Económica, 2005) sostengo que el análisis social debe abocarse a una tarea que ha desdeñado durante mucho tiempo: el estudio del modo en que las diversas demandas sociales se constituyen y se articulan entre sí. El punto es crucial: es necesario pasar de un tipo de análisis en el que la unidad del grupo se da por descontada, a otro en el que es concebida como articulación variable de demandas. Los reclamos en torno a la vivienda, al empleo, a la salud, al suministro de agua, a la escolaridad, etcétera, no tienden espontáneamente a confluir en un todo congruente y unificado sino que dependen de articulaciones cambiantes y contingentes, o sea, esencialmente *políticas*. Dicho de otro modo: puesto que los sujetos políticos sólo se constituyen como articulación de demandas, el primer deber de una práctica política es constituir a través de su acción a dichos sujetos. Esto presupone formas de movilización que trascienden en amplia medida las campañas electorales. En este sentido, la acción de una política de centroizquierda debe encaminarse a la construcción de un “pueblo” (con el significado que he dado en mi libro a esta noción). Mientras que una política de centroderecha es eminentemente corporativa y clientelar, la centroizquierda, si se entiende correctamente a sí misma, debe fundarse en la autoafirmación de las masas. Esta autoorganización precede en parte al momento de la acción política, pero esta última debe tender activamente a promoverla y profundizarla, lo cual significa que no debe solamente expresar “intereses” donde éstos ya existen sino ayudar a su constitución. Un corolario de esto es que se crea así una cierta zona de indeterminación entre sociedad civil y espacio

público en la que las variables sociales y políticas se entrecruzan constantemente. De esta manera se abre un nuevo tipo de transversalidad, que ya no opera tan sólo en el plano de las formaciones políticas sino también en el de las fuerzas sociales, porque no hay política de izquierda sin incorporación de nuevos actores a la esfera pública.

Digamos, para concluir el punto, que la dispersión de las demandas y la construcción de su unidad a través de la acción política siempre ha existido, pero adquiere una nueva importancia y centralidad en las condiciones del capitalismo actual. En formaciones sociales anteriores, cuyos modos de articulación estaban más sedimentados y eran más estables, se podía hasta cierto punto vivir en la ilusión de que la sociedad tenía una coherencia propia, independiente de todo acto de institución política. Por el contrario, en las condiciones de un mundo globalizado, en el que las dislocaciones entre distintos sectores de la economía crean constantes desniveles sociales, el momento político de la institución de lo social resulta mucho más visible. Este fenómeno tiene dos caras: por un lado, el mundo parece depender en mayor proporción de nuestras intervenciones y, en ese sentido, somos menos esclavos de las instituciones y más dueños de nuestro destino, pero por otro vivimos en un mundo cada vez más peligroso y cambiante.

Si el momento de la articulación política es central en la autoafirmación de las masas, y esta última es la condición *sine qua non* para la formación de una voluntad política de izquierda, cabe preguntarse por las formas institucionales de este accionar político. Esto depende, desde luego, de los distintos contextos nacionales, pero hay algo que puede afirmarse como una tendencia generalizada, y es que la forma "partido" ha perdido buena parte de la universalidad de la que gozó en el pasado. Creo que en el futuro la voluntad de cambio adoptará la modalidad de coaliciones. No sólo porque el punto de partida de la nueva acción política está constituido por las transversalidades sociales y políticas a las que nos hemos referido, sino también por una razón más general: el peculiar modo en que particularismo y universalismo se combinan en la experiencia contemporánea. Exploremos brevemente las dimensiones que los determinan.

El particularismo se vincula al fenómeno de la heterogeneidad social, a la pluralidad irreductible de los espacios de representación, en tanto que el universalismo presupone que, por detrás o por encima del pluriuniverso de las diferencias, algo esencialmente homogéneo subsiste, y que es este algo el que da a la sociedad su unidad estructural. El marxismo clásico, por ejemplo, era universalista, ya que fundaba sus pronósticos y su estrategia en la simplificación de la estructura social bajo el capitalismo, con lo que reducía el sujeto emancipatorio a un actor homogéneo: el proletariado. Se trataba, por lo tanto, de un universalismo basado en la eliminación de las diferencias. Hoy sabemos, sin embargo, que la historia no ha seguido el curso trazado por estas predicciones y que vivimos en sociedades donde se multiplican los antagonismos y los puntos de ruptura y donde, por lo tanto, el problema central de toda política es cómo construir la homogeneidad a partir de la heterogeneidad. ¿Cómo es esto posible?

La heterogeneidad es irreductible, pero la sociedad se disgregaría en mero particularismo –y, por consiguiente, en una total impotencia política– si las demandas no encontraran su forma de articulación en lo que he denominado cadenas equivalenciales, en las que cada uno de los eslabones mantiene su individualidad, pero en las que todos ellos adquieren, a través de símbolos comunes, una cierta universalidad. En mi libro he mencionado el caso de Solidarnosc: sus símbolos y reclamos fueron al comienzo los de un grupo limitado de obreros de Gdansk, pero, por el hecho de haber sido formulados en el contexto de una sociedad altamente opresiva, se convirtieron en la expresión de sectores mucho más vastos. En realidad, toda demanda parcial se constituye en el interior de una tensión: en tanto reclamo parcial adquiere una mayor solidez a través de su inscripción en una cadena equivalencial más amplia; pero esta cadena puede, a su vez, deformar y ahogar a la demanda. Mantener el balance entre estas dos posibilidades extremas es lo que constituye el arte de la política. Sin cadena equivalencial no hay construcción de una voluntad colectiva, pero si esta cadena se torna autoritaria con respecto a los eslabones que la componen tampoco logrará, en el largo plazo, constituir una hegemonía política.

Queda solamente un aspecto que me gustaría aclarar: ¿cuál es el sentido de la noción de "centroizquierda" que he estado utilizando? Para mí, este término no se refiere al *contenido* de una política en un continuo que iría desde la extrema derecha a la extrema izquierda, sino al carácter "movimientista" y no sectorial de la voluntad política que se intenta construir, al esfuerzo por crear un sujeto político más amplio que el que se desprende del puro "clasismo". "Centroizquierda" significa, por lo tanto, "izquierda organizada en torno a un proyecto hegemónico". •

www.revistatodavía.com.ar  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



CARLOS GORRIARENA  
**La vida color de rosa**, 2003  
 Acrílico, 144 x 178 cm.

## Bolivia, Ecuador y Colombia EL DILEMA DE REFORMAR LAS REFORMAS

Desde hace ya dos décadas, los países del área andina buscan afianzar la gobernabilidad democrática a través de reformas constitucionales. El balance, sin embargo, resulta paradójico: con la intención de fortalecer la participación, se ha debilitado a los partidos políticos y se ha erosionado el margen de decisión del Estado. Para revertir estos efectos no es suficiente un nuevo impulso reformista.

por RENÉ ANTONIO MAYORGA profesor de Ciencia Política, FLACSO Ecuador.  
 Investigador del Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM)

La renovación de los regímenes presidencialistas es, por dos razones fundamentales, un desafío político central para la viabilidad y la gobernabilidad de la democracia en América Latina. Por un lado, los sistemas presidencialistas acusaron tanto

problemas endémicos como nuevos y, por otro, en ningún país de la región se han dado condiciones políticas reales para un cambio radical hacia formas parlamentarias de gobierno. Al margen de las complejidades y diferencias que no permiten una generalización fácil de diagnósticos, el presidencialismo en América Latina se enfrentó –desde la transición, hace más de dos décadas– a la tarea enorme de lograr y afianzar la gobernabilidad del sistema democrático mediante reformas de Estado. Sin embargo, una mirada retrospectiva a la difícil situación en la región andina –un caso significativo por ser el área más crítica en América Latina– no puede soslayar el hecho de que muchos de los problemas sustanciales de gobernabilidad democrática se originaron precisamente en la serie incesante de reformas contradictorias e inconsistentes que se hicieron desde el momento mismo de transición a la democracia.

Los países de la región andina, por causas distintas pero con motivaciones similares, emprendieron reformas constitucionales y electorales casi permanentes. El reto de consolidar la democracia estimuló una época febril de “política constitucional”. Las transiciones hicieron posible revalorizar el orden constitucional e intentar reformas bajo la premisa de que los cambios eran indispensables para la estabilidad y el mejor desempeño de los regímenes democráticos. De hecho, las reformas se propusieron –en el contexto de asambleas constituyentes, a excepción del caso de Bolivia– objetivos vastos y ambiciosos, y en muchos casos también contradictorios: entre ellos, ampliar y perfeccionar la participación y la representación política, establecer contrapesos entre el Ejecutivo y el Legislativo, afianzar las atribuciones del Poder Ejecutivo y del Congreso, promover el Estado de Derecho, descentralizar el aparato estatal, aumentar la capacidad y eficiencia de los gobiernos, y dar solución a los problemas de exclusión social y política que afectan a sociedades multiétnicas y multiculturales como Ecuador y Bolivia. Igualmente, se realizaron reformas electorales para democratizar la representación política y hacer de los sistemas de partidos estructuras más participativas y responsables.

Sin embargo, buena parte de las reformas generaron efectos perversos y no contribuyeron a mejorar el funcionamiento de los regímenes presidencialistas porque estuvieron dirigidas más a superar restricciones de participación y representación en el sistema democrático que a aumentar la capacidad del Estado para tomar decisiones e implementar políticas públicas. Dicho con otras palabras, las reformas agravaron de diversas maneras las condiciones de gobernabilidad democrática socavando a los partidos políticos, debilitando la capacidad de gobierno y profundizando las tensiones inherentes a la ecuación entre presidencialismo y democracia representativa. Considerando casos ilustrativos como los de Ecuador, Colombia y Bolivia, han sido notorios el enorme desgaste de la representación política, los graves procesos de fragmentación, deslegitimación e incluso de descomposición y colapso de los sistemas de partidos, así como la incapacidad de gestión de gobiernos democráticos que se vieron desbordados por conflictos políticos, económicos y sociales. Por consiguiente, se puede decir que a pesar de las reformas, y en un contexto de creciente ingobernabilidad, no hubo renovación del presidencialismo, sino más bien procesos de involución que acarrearón una preocupante erosión tanto de la democracia como del Estado. Ecuador –país que vivió el derrocamiento de tres presidentes en seis años– estuvo constantemente afectado por gobiernos minoritarios y por la movilización de un poderoso movimiento indígena involucrado en un golpe de Estado. La atomización de los partidos políticos y el desgaste del poder central bajo el impacto de la violencia guerrillera y el narcotráfico dieron lugar en Colombia al gobierno hiperpresidencialista de Uribe. Y en Bolivia también se produjo desde el 2000 una severa crisis como consecuencia directa de la descomposición de los gobiernos de coalición y del empate catastrófico entre movimientos étnicos, partidos relevantes y élites económicas del este del país. Esta crisis condujo a la caída de Sánchez de Lozada y a un gobierno apartidista, altamente personalista, encabezado por un *outsider* (Carlos Mesa), que aceleró la crisis de las instituciones democráticas y terminó también él derrocado.

Haciendo un balance muy tentativo, lo que llama poderosamente la atención en este ámbito son los notables contrastes y discrepancias entre la intencionalidad política de las reformas y la situación crítica que atraviesan las democracias andinas. Cabe entonces preguntarse si existen conexiones causales o correlaciones significativas entre esas reformas constitucionales y electorales, por un lado, y los problemas que han enfrentado las democracias de la región, por el otro. Me parece que las dificultades actuales del sistema presidencialista no están asociadas sólo a deficiencias heredadas del diseño institucional, sino a las grietas y las tensiones que la propia ingeniería constitucional y electoral ha generado, con consecuencias contraproducentes para las condiciones de gobernabilidad.

Es desde esta perspectiva que considero, aun a riesgo de generalizar excesivamente, que la mayoría de las reformas emprendidas han planteado nuevos interrogantes y dilemas, y han provocado una situación paradójica que exige enmendar los problemas derivados de ellas con otras reformas constitucionales y electorales, es decir, con una renovada etapa de "reforma de las reformas", pero, por cierto, en contextos más difíciles y complejos que antes. Por esta razón, se impone hacer un análisis de las condiciones bajo las cuales sería factible realizar en el corto o mediano plazo reformas positivas y exitosas en los países de la región andina. Este examen debería abordar las transformaciones pasadas que no tuvieron los efectos esperados, diferenciando entre reformas que desde su concepción fueron contradictorias (como las ecuatorianas y colombianas) y otras que fueron más coherentes (como las realizadas en Bolivia) pero que, tardías o incompletas, tampoco pudieron evitar la profunda crisis del sistema de gobierno. Veamos algunos casos concretos.

En Ecuador no deja de sorprender que, después de cuatro consultas populares, dos asambleas constituyentes e incontables reformas constitucionales y legales, el marco institucional siga siendo un producto heterogéneo y contradictorio. Como "colcha de retazos", las reformas fueron la expresión de una extrema instrumentalización de las reglas por parte de los actores políticos que –como afirma el sociólogo ecuatoriano Simón Pachano– sometieron el marco normativo a necesidades e intereses coyunturales. Las reformas, entre ellas la segunda vuelta y sobre todo la introducción en 1997 del voto preferencial en listas abiertas, llevaron a la personalización, la polarización y la fragmentación de la representación política. Como consecuencia, acentuaron los bloqueos entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, agravaron los problemas de gobernabilidad y profundizaron el particularismo y el carácter provincial y localista de los partidos políticos. Producto de la crisis de estos últimos, el gobierno del *outsider* Lucio Gutiérrez fue poco menos que incapaz de establecer los cambios necesarios para fortalecer a los partidos políticos y asegurar condiciones mínimas de gobernabilidad.

También en Colombia las reformas institucionales de la década de los noventa agravaron los problemas al seguir una lógica contradictoria que promovía la participación y la inclusión política en desmedro de la gobernabilidad. El equilibrio bipartidista, que ya estaba en proceso de declive, sufrió un cambio profundo por efecto del nuevo sistema electoral: la tradicional estructura interna de facciones institucionalizadas se atomizó en facciones personalistas y en microempresas electorales que, en rigor, ya no permiten hablar de la existencia de partidos políticos. En ocasión de las elecciones legislativas de 2002, por ejemplo, había 65 partidos registrados ante el Consejo Nacional Electoral y, al desaparecer totalmente las listas oficiales de los partidos y convertirse la lucha electoral en asunto privado, se presentaron 321 listas para el Senado y 883 para la Cámara de Diputados. El sistema electoral de representación proporcional con una "fórmula de lista personal" –el más personalista del mundo– ha conducido al debilitamiento estructural de las funciones de los partidos y al hundimiento de una representación política efectiva, impidiendo así una acción coherente entre el Poder Ejecutivo y el Congreso. Sin apoyo parlamentario organizado, el gobierno de Uribe apostó a fortalecerse políticamente encarando sus relaciones con los integrantes del Poder Legislativo mediante negociaciones y acuerdos clientelistas e individuales. La reforma constitucional de 1991, como en Ecuador, buscaba reforzar el rol del Congreso y crear contrapesos entre los poderes del Estado, pero la dispersión del sistema de partidos convirtió al texto constitucional en letra muerta.

Por su parte, en Bolivia se estableció en 1994 la ley de participación popular, que convirtió a los municipios en importantes espacios de competencia política, y se introdujo un sistema de representación proporcional personalizado. Estas medidas tuvieron tres efectos sustanciales sobre el sistema multipartidista moderado: el voto adquirió un carácter territorial más acentuado; se abrieron oportunidades políticas para nuevos movimientos políticos indígenas (como el MAS de Evo Morales) con fuertes baluartes locales; y finalmente se afirmó la representación étnica y corporativa de sectores indígenas. No obstante, a partir de 2000, en un contexto de crisis económica y multiplicación anómica de los conflictos sociales, estos cambios políticos polarizaron el sistema de partidos, afectaron la estructura interna de éstos, y, en consecuencia, debilitaron a los gobiernos de coalición de Banzer y Sánchez de Lozada, que gozaban de mayorías parlamentarias pero eran incapaces de tomar decisiones políticas ante el poder de veto conquistado por los movimientos sociales.

La prolongada crisis de gobernabilidad que vive Bolivia desembocó en una crisis de Estado atribuible en gran medida a la ineficacia de gobierno de los partidos políticos relevantes. Los efectos han sido desastrosos: los partidos importantes perdieron credibilidad y autoridad, la forma "partido" ha sido estigmatizada, los dirigentes políticos deciden camuflar sus prácticas como "movimientos ciudadanos" (es el caso del ex-presidente Jorge Quiroga), y los nuevos movimientos étnicos consideran factible una democracia directa basada en colectivos sociales que actúan como agentes de gobierno y que, por tanto, creen poder prescindir de mediaciones políticas. La democracia boliviana se halla así inmersa en una etapa regresiva, determinada por tendencias antipartido y, en general, anti-institucionales que empezaron a materializarse con la cuestionable reforma constitucional de febrero de 2004 –que consagra, por ejemplo, la figura de la asamblea constituyente como "órgano de gobierno" y mecanismo de "reforma total" del Estado–. En nombre de una borrosa visión de democracia participativa, esta reforma atenta contra el principio mismo del partido como eje central de la organización política. Una ley posterior de agrupaciones ciudadanas y pueblos indígenas ha reafirmado el proceso

de desmontaje institucional y la política antipartido dando una respuesta improductiva al problema real de la crisis. En el panorama antipartido vigente en Bolivia es ciertamente difícil imaginarse reformas para restituir la gobernabilidad democrática.

En resumen, la crítica situación actual en la región andina justificaría ampliamente la necesidad de nuevas reformas institucionales. La cuestión crucial es, por cierto, si una nueva ola reformista podría enmendar los errores y las deficiencias del pasado que debilitaron al Estado. Eliminar la segunda vuelta, establecer la simultaneidad de las elecciones presidenciales y legislativas, estimular políticas de concertación y fortalecer la capacidad de gestión del Estado podrían ser reformas apropiadas en varios países. Pero, por ejemplo, el hecho de que el sistema de gobierno boliviano, desbaratado por la polarización y la descomposición de los partidos, experimentara ya varias reformas de este tipo sin poder evitar la crisis actual, nos impone cautela y nos recuerda con fuerza que las reformas de las instituciones estatales son condiciones necesarias pero no suficientes para recuperar la gobernabilidad democrática.

La crisis de la región andina nos obliga también a tomar con reservas el argumento de que los agudos problemas de gobernabilidad son consecuencias directas e inevitables de las desventajas de los sistemas presidencialistas. La rigidez y el inmovilismo, los gobiernos minoritarios y los bloqueos entre poderes han marcado ciertamente las crisis de Estado en la región, pero la raíz profunda de éstas no reside tanto en las deficiencias institucionales del sistema gubernamental, sino en la acentuada fragmentación y polarización de los partidos políticos, y sobre todo, en su ineficacia como actores de gobierno, así como también en la debilidad de gestión de los Estados en tiempos de grandes conflictos sociales. Para recuperar la gobernabilidad democrática y salir del círculo vicioso, es indispensable crear condiciones políticas que permitan la reconstrucción de los partidos y el fortalecimiento de la capacidad del Estado. Esto implica nuevas reformas. Pero también suscita una pregunta: ¿son posibles esas reformas si los partidos –como en Bolivia– están en disolución, y si los nuevos movimientos políticos reflejan una lógica particularista propia de organizaciones corporativas y movimientos sociales que pretenden sustituir a los partidos? •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



CARLOS GORRIARENA

*El palco*, 1980Acrílico sobre tela,  
150 x 200 cm

## ARGENTINA: ¿UNA DEMOCRACIA DIFERENTE DE LA QUE CONOCIMOS?

Candidatos que construyen su imagen en los medios de comunicación y se distancian de las estructuras partidarias; ciudadanos cada vez más autónomos que condicionan la oferta electoral; una nueva escena pública que oscila al ritmo de las encuestas. La democracia de hoy deberá encontrar un equilibrio entre la imprescindible estabilidad institucional y los nuevos canales de expresión de la sociedad.

por ISIDORO CHERESKY profesor de Teoría Política, UBA. Investigador del CONICET

económico y el sindical—, que en el pasado incluso sustentaron regímenes dictatoriales o estuvieron en el origen de la inestabilidad política. Pero además la democracia se ha enraizado en la cultura popular, que ha cambiado notoriamente, sobre todo en aquellas sociedades donde la impronta populista había consolidado el caudillismo y el encuadramiento de las masas como formas de vínculo político, adversas al ejercicio de las libertades públicas y al libre pronunciamiento ciudadano en la competencia política.

La democracia ha terminado instalándose entre los argentinos, y más ampliamente en la región latinoamericana: podríamos afirmar que en la actualidad se la considera un patrimonio valioso. Por cierto, esto es así porque han retrocedido los poderes corporativos —el militar, el

El encantamiento actual con la democracia —tal es el término que cabe, puesto que esta propensión se afirma pese a la persistencia y aun el agravamiento de las injusticias sociales—, sobreviene al mismo tiempo que se extiende la crisis de representación y se plantea una transformación de las instituciones políticas con destino incierto.

### Nuevas identidades políticas

En Argentina, la crisis de fines de 2001 vio estallar un descontento ciudadano que apuntó inicialmente al presidente Fernando de la Rúa hasta obtener su renuncia, pero que se prolongó como reclamo de “que se vayan todos” dirigido a la totalidad de los políticos. El paso del tiempo permite afirmar que ese estallido no fue un fenómeno pasajero sin consecuencias.

Desde entonces, los partidos políticos tradicionales, el peronismo y el radicalismo, entraron en un proceso de desagregación, pero no en provecho de otras fuerzas nacionales que hayan venido a sustituirlos, sino de una dinámica caracterizada por la fluctuación de las identificaciones ciudadanas en torno a liderazgos personalistas. La escena política nacional, que conforman los aspirantes a la presidencia de la nación, aparece como el espacio más fluido y más claramente dominado por líderes que construyen su imagen a través de la televisión y de otros medios de comunicación complementarios, en un lazo directo con la ciudadanía/audiencia. El otro extremo está constituido por la vida política local, en la que persisten liderazgos más arraigados, vinculados a una tradición. Pero en este ámbito también se registran transformaciones significativas. Los intendentes o aun los gobernadores, por ejemplo, se distancian de una etiqueta partidaria y mantienen su lazo con el electorado local proponiendo articulaciones variables con los liderazgos nacionales. Este desapego de la pertenencia ha adquirido proporciones considerables en el proceso de elecciones legislativas argentinas en 2005. El Presidente mismo ha emprendido una construcción política propia que, con la sigla Frente para la Victoria, en muchos casos impulsa una identificación poco afín con la tradición peronista. Por su parte, los gobernadores radicales en las provincias de Corrientes, Santiago del Estero y Tierra del Fuego han incorporado a sus listas candidatos del presidente Kirchner. Esta tendencia se ha expresado también en el ingreso de dirigentes locales radicales a las listas junto con candidatos peronistas en la provincia de Buenos Aires, en Neuquén y Córdoba. En verdad, la conformación de propuestas electorales que resultan de agregaciones y desagregaciones de las fuerzas políticas es generalizado. A nivel local, entonces, encontramos una trama de popularidad distinta, basada sobre todo en la vinculación con tradiciones de ese ámbito. Pero tanto en las provincias como en las ciudades la popularidad predominante de un presidente peronista puede coexistir y aun asociarse en algunos casos con la aceptación del gobernador de origen radical o del intendente socialista. Esto ilustra la medida en que las etiquetas partidarias tradicionales se han debilitado como signos de la diferenciación política.

A escala local y barrial existen también otros vínculos y lealtades, entre ellos los de clientela en torno a punteros políticos. Por cierto, el hecho de que cuatro de cada diez argentinos se encuentre en la pobreza y buena parte de ellos en la indigencia (y que por consiguiente una masa considerable de individuos se enfrente día a día con el imperativo de sobrevivir) profundiza la dependencia respecto de los recursos públicos canalizados por medio de entidades o personas que pueden decidir arbitrariamente. Pero ni los destinatarios de la ayuda pública ni los intermediarios pueden ser vistos hoy como los simples ejecutores de las directivas de un jefe político o de una estructura que genera lealtades valiéndose de la distribución de beneficios. Si existen redes organizadas por un puntero, un agente estatal o un

militante, éstos no sólo son referentes “contenedores” que distribuyen recursos de naturaleza variada e influyen en las decisiones de sus “clientes”, sino que deben, en algún sentido y de un modo distinto que en el pasado, expresar a esos “clientes” y adaptarse a las fluctuaciones de sus preferencias. Éstas, por otra parte, son el resultado de una relación independiente con la comunicación política y en particular con la televisión. Por ejemplo, el pase de una parte de los intendentes peronistas del conurbano bonaerense al bando de los partidarios de Cristina Kirchner y del Presidente no puede ser pensado sólo como producto del empleo del aparato del Estado. Sin duda, la transferencia de recursos económicos influye, pero la adopción de una nueva lealtad por los punteros y los gobernantes locales está muy condicionada por la presencia mediática de la candidata respaldada por el Presidente y por la verosimilitud de su triunfo electoral anunciado por las encuestas –con el efecto previsible de una nueva distribución de poder–: como consecuencia de esto, se multiplican las adhesiones a la figura emergente entre los peronistas locales. Esta experiencia es muy elocuente como signo de los nuevos tiempos: una alternativa política ha surgido y probablemente se imponga de un modo contundente por obra de una lógica de la popularidad en el espacio público, impulsada desde la cúspide del poder; una lógica que parece prevalecer por sobre la de los aparatos políticos y las lealtades tradicionalmente asociadas a ellos.

### Otro espacio público

Estamos ante una mutación política de la que por el momento se percibe con mayor nitidez el debilitamiento de los dispositivos institucionales tradicionales: los partidos ya no tienen el monopolio de la vida política, tienden a desagregarse y terminan dando lugar a coaliciones o a otras formas de identidad que procuran responder a una ciudadanía cuyas preferencias oscilan según la verosimilitud de los líderes que se postulan para representarla. Pero sería ingenuo y hasta imprudente ver en las tendencias actuales simplemente el resultado positivo de un cambio de época signado por el individualismo, la reformulación de identidades y la revolución en las tecnologías de la comunicación, que conforma un espacio de circulación de imágenes e ideas incontrolable para cualquier poder y en el que cada cual debe construir su figura y acreditarla ante el ciudadano/audiencia. La desinstitucionalización extrema conlleva también la amenaza de una arena pública y política caótica en la que pueden influir sin contrapeso los jefes providenciales o los poderes fácticos económicos, burocráticos, confesionales o simplemente mafiosos, sin que el ciudadano común –y en particular el que más carece de recursos materiales y simbólicos– pueda orientarse y participar eficazmente.

Los cambios que se produjeron en la cultura política encierran posibilidades contradictorias. Como se ha visto, en la Argentina y en otros países de América Latina se afirma una “democracia inmediata” caracterizada por la expansión del espacio público como ámbito obligado de legitimación permanente de gobernantes y dirigentes. Este espacio es generalmente habitado por una variedad de grupos, portavoces y representantes virtuales que tratan de incidir en una opinión pública permanentemente configurada y reconfigurada por los estudios de opinión. No se puede gobernar ni ser opositor sin tener en cuenta este registro regulativo de la vida pública cotidiana. La escena pública sostenida por soportes televisivos, por la prensa gráfica y por Internet ha sustituido a otras escenas institucionales (el Parlamento, las reuniones de gabinete o las asambleas partidarias) como lugar de enunciación política e incluso de anuncio de decisiones legales.

Este espacio público no es más, o ya no es esencialmente, el terreno en el que se exhiben y se miden las fuerzas organizadas por los sindicatos, los partidos políticos y otras organizaciones que en el pasado encuadraban y contenían a los individuos. La época de las masas movilizadas, tal como se conoció en el siglo XX, pertenece a la historia. Pero, en cambio, ha emergido otra presencia pública, más espontánea e imprevisible pero igualmente poderosa, la del “estallido” ciudadano.

El cacerolazo –protagonizado por ciudadanos porteños y del conurbano que salieron a los balcones y las calles haciendo tintinear las cacerolas como muestra de descontento, lo que precipitó la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y de su inmediato sucesor– fue la manifestación característica de una activación social no convocada ni condicionada por líderes y organizaciones, y que ilustra una vocación de los contemporáneos por la expresión directa, por la presencia pública que no recurre a los canales partidarios o asociativos existentes. En otros países de la región, con algunas variantes, se produjeron movilizaciones sociales que provocaron también el reemplazo de presidentes constitucionalmente elegidos.

Estas manifestaciones de la “democracia inmediata” reúnen conglomerados disconformes con el desempeño de los mandatarios y dispuestos a vetar sus decisiones, pero son en buena medida protagonizadas por aquellos mismos que los consagraron en las urnas. Coexisten en los mismos individuos cierto respeto a la legalidad y particularmente a la investidura electoral, y al mismo tiempo la vocación por expresarse por fuera de los canales institucionales y obtener imperativamente satisfacción a sus reclamos. Quienes han pretendido ver en estas nuevas tendencias una inclinación popular por regímenes políticos alternativos al democrático o aun el desconocimiento de las instancias institucionales han fracasado en sus diagnósticos y propósitos.

Movidas por la preocupación de preservar la democracia, algunas voces se han alzado en demanda de una reconstrucción de las instituciones debilitadas. Es evidente que se necesita un marco republicano que asegure activamente las libertades públicas, es decir, que no sólo proteja los derechos que son ejercidos por los individuos con posibilidades distintas según la condición social, sino que además cree canales para la información, el acceso a la palabra pública y la asociatividad reconocida. Sin ese marco, la democracia podría desembocar en un régimen extremadamente inestable que aleje al ciudadano común por lo indescifrable de las opciones que le ofrece y la opacidad de las decisiones de los gobernantes. El creciente abstencionismo y el voto en blanco en las elecciones son síntomas del desinterés o el hastío que puede sobrevenir ante una vida pública excesivamente cambiante o caótica.

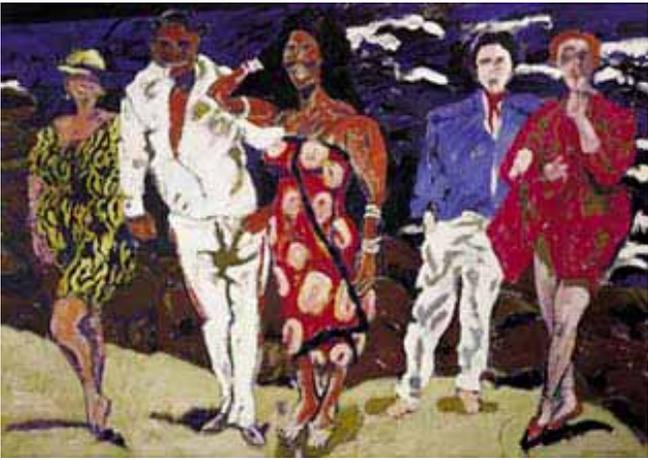
Frente a esta situación, recuperar las instituciones parece una receta un tanto limitada. Es probable que los partidos políticos de masas y otras variantes de organización muy estructuradas no se reconstituyan, que la ciudadanía sea cada vez más autónoma y que los electores fijen sus preferencias de un modo cambiante según las variaciones en la oferta política.

También puede suceder que los ciudadanos no sólo voten sino que también busquen rectificar su voto y sus ideas precedentes, esperando que sus oscilaciones sean tenidas en cuenta por los dirigentes. Es posible también que la democracia, aun siendo relativamente inestable, no sea frágil sino consistente, y que los estallidos ocasionales de descontento con consecuencias menos disruptivas sean una modalidad de la combinación entre representación y deliberación. Junto a la representación institucional, sin la cual no se podría concebir un orden público, se expanden representaciones paralelas que deberían tener su lugar dado que canalizan una presencia sin la cual la expresión pública aparece como insuficiente para los contemporáneos.

Ante las transformaciones en curso que mencionamos se requiere una respuesta seria de quienes tienen vocación por asumir responsabilidades políticas: una respuesta que promueva el equilibrio entre la necesaria adaptación institucional para ajustarse a las transformaciones simbólicas y sociales que se han producido y, a la vez, la resistencia a la otra cara de las tendencias actuales, al componente más inmediato y visceral –es decir, antipolítico– de reclamo individual o particular que se expresa como apremio y revela una potencialidad destructiva para la convivencia. •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



CARLOS GORRIARENA  
5, 1987  
Acrílico sobre tela,  
140 x 200 cm.

## CIUDADANOS Y RELACIONES POLÍTICAS EN LA CIUDAD DE MEXICO

En un sistema dominado por las prácticas de intermediación política, el vínculo entre la sociedad y el gobierno tiende a debilitarse. Si los partidos consideran a los ciudadanos sólo como sus potenciales votantes, y si éstos evalúan la oferta electoral sólo en función de sus demandas particulares, la democracia se convierte en una estructura formal sustentada por el pragmatismo de los diferentes actores sociales.

por HÉCTOR TEJERA GAONA Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, México

Durante casi setenta años (desde 1928 hasta 1997), los habitantes de la capital de México no pudieron elegir a sus representantes locales, ya que el partido en el poder, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), sostenía que votar a un gobernador en el Distrito Federal se contraponía con su carácter de sede de los poderes federales. En consecuencia, el Presidente de la República nombraba a un encargado (regente) que administraba bajo su mando la capital del país.

Actualmente, ésta tiene más de diez millones de habitantes. Por eso, la posibilidad de elegir desde 1997 diputados locales y gobernador (Jefe de Gobierno), y a partir del año 2000 jefes delegacionales, ha constituido un paso importante en la transición democrática. Sin embargo, el sistema muestra algunas contradicciones importantes entre lo formalmente instituido y lo legitimado informalmente, entre los principios de la democracia formal y las prácticas político-culturales que tienen lugar cuando interactúan ciudadanos, partidos y gobierno.

Esta interacción se caracteriza ante todo por la *distancia*, alimentada por las dificultades del ciudadano común para influir en la administración del espacio urbano, en la calidad o el alcance de los servicios públicos y, en un plano más general, en la política de distribución del ingreso. La distancia da lugar a una situación paradójica: se ha transformado la estructura institucional pero no se modifican esencialmente las relaciones políticas que la sustentan.

Este proceso no puede ser explicado recurriendo sólo a la información que brindan las encuestas. Se requiere más bien un acercamiento cualitativo, capaz de analizar cómo se construyen las percepciones sociales y cómo inciden en el ámbito político.

En esta línea, las campañas electorales y las actividades partidarias de gestión son fenómenos que vale la pena mirar de cerca, porque revelan la dinámica cultural que configura la relación entre partidos y ciudadanos. Así, las negociaciones directas entre candidatos y pequeños grupos de simpatizantes dejan al descubierto las construcciones culturales que condicionan las relaciones políticas y el modo en que éstas se mantienen o modifican. Es decir, lo sugerente no es el aspecto puramente material (circulación de bienes, servicios y votos) o las transacciones simbólicas (circulación de ideas y convicciones), sino los presupuestos culturales que subyacen tras estas prácticas políticas. En otros términos, si bien las demandas de los ciudadanos se manifiestan como reclamos específicos en torno a la satisfacción de necesidades, remiten también a las percepciones implícitas de éstos sobre sus propios derechos o sobre aquello que define sus expectativas acerca del quehacer de los partidos y los gobernantes.

Por otra parte, cada partido muestra perspectivas culturales propias acerca de cómo alcanzar y ejercer el poder, que se basan en el imaginario que tienen sobre cómo son los ciudadanos y qué los motiva. A partir de ellas, los militantes y los dirigentes establecen estrategias proselitistas que se traducen en representaciones (*performances*) cuyo propósito es escenificar ante la ciudadanía cómo gobernarán sus candidatos si resultan electos. Al intentar difundir un modelo sobre cómo obtener y desempeñar el poder, estas representaciones buscan, además, transformar la identidad ciudadana en identidad partidaria.

### Los partidos como organizaciones culturales

Del estudio realizado a partir de diversas campañas de los tres principales partidos (Partido Acción Nacional, Partido de la Revolución Democrática y el ya mencionado PRI) durante 1997, 2000 y 2003, se desprende que el PRI continúa ejerciendo la mayor influencia cultural entre la ciudadanía –independientemente de que se vote o no por él–, y también entre los otros partidos. Sus prácticas han marcado el comportamiento y las percepciones ciudadanas sobre la política, las estructuras partidarias y el funcionamiento de las instituciones gubernamentales. Por su parte, los otros partidos han adoptado sus estrategias proselitistas, que son sustancialmente clientelares. Las relaciones políticas de corte clientelar y corporativo que han sido tradición de este partido durante más de setenta años se reproducen debido a la carencia de canales de comunicación entre la ciudadanía y el gobierno. El PRI ha recuperado el voto ciudadano en varias

circunscripciones del país desde las elecciones de 2003 (aunque no en el Distrito Federal), como resultado de un incremento del gasto social por parte de los gobiernos estatales priístas, a lo que se suman el desánimo y el escepticismo de la gente frente al autismo que ha caracterizado al gobierno del presidente Fox.

Los integrantes del PRD –el partido más representativo de la izquierda nacional– se dividen en dos grandes grupos: el primero comparte la visión clientelar del PRI, habitual entre líderes e integrantes de organizaciones populares que buscan reemplazar la estructura de intermediación priísta desde una perspectiva pragmática –y no programática– de acceso al poder. El segundo grupo se caracteriza por su imaginario participacionista, centrado en el rol de la “sociedad civil”, cuya consolidación –sostiene– será posible en la medida en que ella intervenga en los asuntos políticos y de gobierno. Esta idea es propia de los académicos e intelectuales que militan en el partido pero, al intentar aplicarla en el gobierno de la Ciudad de México (donde el PRD ha ganado las elecciones desde 1997), se advierte su tendencia a corporativizar la participación ciudadana.

Finalmente, el PAN –partido de derecha de cuyas filas proviene el presidente Fox– ha modificado su relación con la ciudadanía para disputarle adhesiones al PRI y al PRD. Le ha sido difícil aprender a hacerlo dado que es un partido de cuadros, no de masas. Sin embargo, de una estrategia fundada en la personalización de la política –que pretendía que los ciudadanos consideraran a sus candidatos como vecinos más que como políticos–, ha pasado a atender cada vez más las demandas ciudadanas, reorganizándose y ubicando en el centro de su proselitismo a la intermediación.

Como puede observarse, los partidos son, además de entidades políticas, organizaciones culturales. En tanto tales, su acción tiene, al menos, cuatro efectos sobre la ciudadanía en el Distrito Federal: a) promueven la percepción de que la relación con el gobierno solamente es posible a través de las ya habituales estructuras de intermediación; b) generan una identidad ciudadana acotada –con derechos limitados o disminuidos–, puesto que su interés no es fortalecerla, sino suscitar adhesiones y dependencias; c) obstaculizan la participación formando ciudadanos mínimos –o de “baja intensidad”, como los denomina el politólogo Guillermo O’Donnell– que, en el mejor de los casos, solamente se manifiestan como tales sufragando en las contiendas electorales, y d) transmiten una visión pragmática del ejercicio de la política.

### **Ciudadanos y pragmatismo**

Puede afirmarse que las prácticas de intermediación no robustecen los vínculos ni las lealtades partidarias, sino que propician el “inmediatismo” y el pragmatismo, y sus efectos más evidentes en las relaciones políticas son la simulación, el *swing* electoral y el localismo.

Es común que los ciudadanos sostengan frente a los candidatos de los diferentes partidos que sufragarán por ellos, que simulen con el propósito de que éstos les entreguen algo a cambio (bienes materiales, algún servicio gratuito, un trámite o una gestión); pero que finalmente voten por el partido o candidato que han escogido con meses de antelación.

Por otro lado, las adhesiones partidarias, cada vez más débiles, se expresan en un comportamiento identificado con los “*swings* electorales”: el voto “salta” de un partido a otro en elecciones sucesivas.

Por último, el localismo es una consecuencia del proceso de urbanización, que desestructuró los ámbitos de relación comunitarios, y del individualismo que lo acompañó. Por esta razón, cada vez más los movimientos urbanos se caracterizan por expresar demandas relacionadas con los servicios y el entorno más próximo. Esta situación, a su vez, se agudiza con el pragmatismo ciudadano respecto de los partidos y del gobierno.

Estos tres comportamientos que describimos representan una perspectiva cada vez más generalizada, que un vecino expresaba de la siguiente manera durante una entrevista: “A nosotros no nos importa de qué partido vienen; lo que nos importa es que nos atiendan en los problemas que tenemos aquí (la manzana, la calle aledaña o, algunas veces, el barrio)”. Esta actitud se asocia al desinterés por los problemas sociales más generales y a la configuración de una percepción sobre la estructura institucional donde lo principal es que los “funcionarios de gobierno” –no importa su cargo o responsabilidad– se ocupen de resolver demandas particulares. Aquí reside una de las causas por las cuales los ciudadanos cuestionan la “utilidad” de los políticos, particularmente de los legisladores, cuya actividad les parece alejada de sus intereses.

### **Intermediación y cultura**

Las relaciones de intermediación no han sido sustituidas por canales de comunicación entre ciudadanos y gobierno capaces de garantizar el mejoramiento de las condiciones de vida de los mexicanos. Por ello, en las reuniones entre candidatos y ciudadanos es común escuchar frases de añoranza sobre los tiempos en que “el gobierno no nos abandonaba”, “no se olvidaba de nosotros” ni “nos dejaba que muriéramos de hambre”. La pobreza que padecen muchos habitantes de la Ciudad de México es innegable, pero también lo es que estas expresiones suelen integrar el repertorio empleado en negociaciones cuyo propósito es, en pocas palabras, que “se le ablande un poco el corazón al candidato y a ver si así sí nos ayuda”.

Las transacciones entabladas entre ciudadanos y candidatos han estado históricamente dirigidas a consolidar vínculos morales de amistad o de parentesco ritual como base para establecer compromisos que sirvan de contrapeso al pragmatismo de los políticos. En este sentido, muchos ciudadanos intentan hoy construir una relación que se mantenga, por lo menos, hasta que puedan resolver sus principales demandas.

La situación descrita incide en la vida democrática porque distorsiona la dinámica político-electoral frenando el impulso de nuevas formas de convivencia ciudadana. Más allá de posiciones optimistas sobre la participación de la sociedad civil

–posiciones que muchas veces resultan de estudiar exclusivamente este aspecto–, sin duda es difícil encontrar ciudadanos que se involucren en la esfera política más allá del voto: ¡y esto sucede un día cada tres años! Esa “mayoría silenciosa”, que no se destaca por su participación y que está camuflada como multitud anónima, define el derrotero político de la Ciudad de México y del país en general a través de la democracia formal. Su importancia política supera ampliamente a la de las minorías intensas, que aparecen de manera fugaz en los medios masivos de comunicación y que a veces son esgrimidas como ejemplos promisorios de la movilidad ciudadana. Pero movilización no significa democracia ni participación. La persistencia de relaciones clientelares y pragmáticas reproduce el mito del presidencialismo omnipotente y fomenta el inmovilismo ciudadano que le es correlativo, ambos tan comunes en la Ciudad de México. •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



Artista invitado  
ADOLFO NIGRO  
**Barca, Peces, Pluma**, 1994  
Collage, 40 x 30 cm

## LA IDENTIDAD DEL PT Y LA CRISIS EN BRASIL

Tanto el Presidente como el partido gobernante transitan hoy una situación políticamente compleja. A los desafíos que entraña el ejercicio efectivo del poder se suman las redefiniciones ideológicas y programáticas en el interior del PT. En este marco el futuro político de Lula parece depender exclusivamente de los resultados de su gestión.

por ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA director del Instituto del Pluralismo Cultural, Universidad Candido Mendes, Rio de Janeiro

El 1° de enero de 2003 Luiz Inacio Lula da Silva fue electo presidente de Brasil. En esa ocasión, según el corresponsal del *New York Times*: “la mayor nación latinoamericana se embarcó en una ambiciosa experiencia política y social cuando el ex tornero mecánico asumió como Presidente prometiendo un nuevo estilo de gobierno y una cruzada contra el hambre, la injusticia y la corrupción [...] El nuevo Presidente atribuyó su triunfo estruendoso al rechazo de la política de libre mercado de su predecesor Fernando Henrique Cardoso”.

Treinta y cuatro meses después, en el mismo *Times* se podía leer que “hasta hace unos pocos meses el *Partido* de los Trabajadores (PT) era visto como el ejemplo más exitoso de un movimiento político de la izquierda dura emigrando hacia una socialdemocracia moderada. Ahora, desmoralizado por el mayor escándalo de corrupción en la historia del

país, el partido está intentando reagrupar sus fuerzas para evitar una contundente derrota en las elecciones del próximo año”.

Los dos momentos sugieren una historia de ascenso y caída, algo así como el fin de una ilusión. Yo prefiero, en cambio, considerar la crisis política brasileña con todas sus ambivalencias y juegos de máscaras, como etapa de una experiencia democrática, y entender la democracia misma no meramente como una ideología predeterminada sino como una construcción que tiene lugar en condiciones complejas. En el caso brasileño creo que lo que está en juego es el contradictorio proceso de emergencia de nuevos grupos en el control del Estado y la redefinición de identidades de los partidos políticos –del PT sin lugar a dudas, pero también del conservador Partido del Frente Liberal (PFL) y del social-liberal Partido Social Demócrata de Brasil (PSDB)–. En otras palabras, se trata de la constitución de una esfera pública democrática en una sociedad con una larga tradición de autoritarismo, marcada por profundas desigualdades económicas que han limitado históricamente las posibilidades de acceso equitativo a la información y la participación política de vastos sectores de la población.

### Los reveses políticos

El gobierno brasileño atravesó durante buena parte de este año una grave crisis política, originada en la denuncia de una estrategia de control del Parlamento, que rápidamente se transformó en la revelación de un conjunto de prácticas ilícitas. Una de ellas fue el empleo de “recursos no contabilizados” por parte del PT para obtener mayorías legislativas. Actualmente están funcionando en el Parlamento brasileño tres comisiones para determinar el nivel y la naturaleza de los mecanismos de corrupción, pero es un hecho aceptado que ésta existió. Se estima que más de 20 millones de dólares circularon bajo ese esquema. La evidencia de que tanto bancos como empresas se encuentran comprometidos sugiere situaciones de tráfico de influencias entre agentes privados y órganos del gobierno. Por supuesto que estas prácticas son previas a la llegada de la izquierda al poder, pero fueron realizadas en amplia escala por un partido que esgrimía la moral como una de sus principales banderas y, precisamente, esa circunstancia aumentó el impacto de las denuncias en la opinión pública. La reelección de Lula, considerada hasta ese momento muy probable, quedó seriamente amenazada, y el funcionamiento del gobierno en el terreno parlamentario estuvo paralizado durante más de cuatro meses.

Más allá de los avatares de la actual coyuntura, el principal interrogante de la política brasileña es el futuro del Partido de los Trabajadores, la expresión política mayoritaria de la izquierda en el país. La importancia de esta incógnita se mide tanto por sus repercusiones en la vida nacional como por sus consecuencias para toda América Latina.

Ahora bien, la crisis del PT, que se manifestó con tanta dureza en los últimos meses, en realidad hunde sus raíces en su propia historia. Entre 1996 y 2003, el enfrentamiento sistemático al gobierno de Fernando Henrique Cardoso fue lo que permitió mantener unido a un partido dotado de un poderoso espíritu de cuerpo pero con diversas tendencias en su interior y muchas ambigüedades en sus definiciones programáticas. La oposición al “neoliberalismo” del gobierno de Cardoso se había definido con fuerza en el terreno ideológico, y sus manifestaciones más notorias fueron el rechazo al plan de estabilización monetaria, el cuestionamiento a la política de pago de la deuda externa, la denuncia de las privatizaciones y de la corrupción y la aceleración de las políticas de distribución de tierras. En un país que venía de atravesar una accidentada transición democrática y decenios de hiperinflación, el complejo cuadro de reformas, estabilización económica y construcción institucional se convirtió en un escenario ideológico polarizado entre una

“izquierda” situada en la oposición y un gobierno de “derecha neoliberal”. El PT mantuvo su perfil ideológico y acumuló fuerzas durante el primer gobierno del PSDB, pero no logró transformarse en una alternativa electoral. En 1998 Cardoso logró ser electo en la primera vuelta gracias a los resultados sociales del plan de estabilización. En las elecciones de 2002, enfrentando a Jose Serra, candidato de un gobierno ya desgastado, el PT cambió la estrategia y renovó su imagen con la consigna *Lula Paz y Amor*. Diversas circunstancias contribuyeron a crear un clima de expectativas favorables en torno a Lula, cuyo carisma y capacidad de comunicación dejaron en segundo plano al mismo PT. En efecto, se subrayaron sus antecedentes de luchador social y hombre de pueblo, en lugar de la imagen de confrontación de clases y denuncia de las elites que habían sido las marcas distintivas de los primeros años de su trayectoria. Lula fue elegido con una votación récord en la segunda vuelta.

En parte para tranquilizar a los mercados y en parte para esbozar las bases de una nueva política, el 22 de junio de 2002 se difundió la *Carta al pueblo brasileño*. Estaba firmada por el propio Lula, pero no se trataba de un documento oficial del PT. En ese texto se mantenían sustancialmente las críticas al gobierno anterior, y a la vez se afirmaba –por primera vez con todas las letras– el compromiso del país con los contratos y obligaciones contraídos, así como con el control de la inflación y el ajuste fiscal. Con la *Carta al pueblo brasileño* nace el nuevo perfil del PT como partido de gobierno.

### **El gobierno de Lula**

Hasta el 1° de enero de 2003, el PT se situó ante el capitalismo brasileño como su juez. Una vez en el gobierno, se vio en la situación de administrar ese sistema y ser eventualmente colocado en el banquillo de los acusados, sobre todo por una parte de sus cuadros (aquellos que seguían considerándose los críticos más duros y puros del *establishment*). Sin embargo, la recuperación de la economía, gracias a una coyuntura internacional favorable que el gobierno supo aprovechar, y el gran capital simbólico de Lula dentro y fuera de Brasil garantizaron la conservación de una considerable popularidad en los primeros dos años de gobierno.

En ese marco, la dirección del PT reafirmó su autoridad y algunos parlamentarios de su ala de izquierda, encabezados por la senadora Heloisa Helena, fueron expulsados del partido. El centro de las críticas de esta oposición era la política económica y el reclamo de coherencia con posiciones del pasado. En la segunda escisión, ya en el contexto de la crisis de este año, su líder más visible, Plinio de Arruda Sampaio, fue aún más lejos al cuestionar la estrategia misma de acceso al poder elegida por la dirección del PT y considerar esa estrategia como la principal causa de la corrupción en el partido. Para él, en los años de resistencia al capitalismo se debieron haber creado las condiciones para sostener una alternativa de poder que, necesariamente, acarrearía rupturas y conflictos sociales. Posiciones de este tipo cuentan con apoyo en la dirección del Movimiento Sin Tierra y en otros movimientos sociales, así como en algunos ambientes universitarios. Sin embargo, la mayoría de estas agrupaciones ha mantenido una actitud de fidelidad crítica hacia el gobierno. Por otra parte, hay que señalar que la reciente crisis política se ha expresado ante todo en los medios de comunicación, y que las movilizaciones de masas a favor o en contra del gobierno han sido relativamente escasas y sin demasiada presencia nacional.

El núcleo fuerte del gobierno es el área económica. Allí participan militantes históricos del partido (como el ministro de Economía, Antonio Palocci), empresarios de diferente origen político (como los ministros de Agricultura y de Industrias), altos funcionarios de la banca internacional (como el presidente del Banco Central), junto con ex dirigentes sindicales y con académicos que ya habían ocupado cargos en fondos de pensión y empresas estatales, como Ricardo Berzoini, actual presidente del PT; Luis Gushiken, influyente asesor de Lula, y Guido Mantega, presidente del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES). La profesionalización creciente del partido y el ingreso de cuadros con ese perfil a su dirección llevaron a identificar una nueva clase burocrática asociada a los sectores dinámicos del capitalismo global. Para el sociólogo Francisco de Oliveira se trata de una *nomenklatura\**, de una *nueva clase*, y, para el dirigente del PSDB Jose Serra, de un “bolchevismo sin ilusiones”. De esa manera, algunos analistas intentan explicar las convergencias de políticas del PT con el gobierno anterior y también sus estrategias para afirmar posiciones de poder.

Sin compartir en su totalidad este modelo, que me parece excesivamente reduccionista, algunas dimensiones de la cultura política del PT pueden ser leídas con la ayuda de esa clave sociológica. Ella permite explicar, aunque sea en parte, el pragmatismo económico, la capacidad de negociación de intereses con empresarios y banqueros y el mayor énfasis del Estado en relación con el mercado. Hay en el PT, pese a su prolongada experiencia parlamentaria, una cierta reticencia con respecto al Parlamento y una tendencia a crear alternativas a su esfera (es el caso del fallido Consejo Económico y Social, concebido como un espacio de encuentro entre corporaciones de empresarios, trabajadores e intelectuales). La distancia crítica hacia el Parlamento y la prensa expresa las diferencias entre el PT y un partido de raíz liberal.

### **Las perspectivas del escenario actual**

En conclusión, es posible afirmar que de las turbulencias de su pasaje por el gobierno parece estar surgiendo un PT que deja atrás sus objetivos originales de ruptura y refundación de Brasil sobre nuevas bases y que, por el contrario, se muestra pragmático y dispuesto a privilegiar su condición de instrumento de poder. Esta crisis de identidad puede pensarse como la transformación social y doctrinaria de un partido de izquierda que llega al gobierno en una época postsocialista. Hoy su destino se encuentra unido a Luiz Inacio Lula Da Silva, cuya popularidad es considerablemente mayor que la del propio PT. Desde ya, Lula ha dejado de ser el activista que luchaba por la autonomía sindical y el dirigente de un partido de los trabajadores en diálogo con el pensamiento socialista. Se ha transformado predominantemente en un líder nacional dentro del imaginario político del nacional-desarrollismo brasileño. En este marco, el futuro de Lula –si bien se sostiene en la fuerza de su historia y en un partido habitado por tensiones y en proceso de transformación– aparece sobre todo ligado al éxito de su gobierno en algunos aspectos claves de la gestión: avances económicos, mejoras en los indicadores sociales y eficacia del programa de emergencia que promete asistir a

millones de familias. El tiempo dirá si se trata de un proyecto dotado del vigor necesario para reconquistar la confianza de la sociedad brasileña, urgida por el impacto de las transformaciones y cada vez más escéptica frente a las señales que le llegan desde el poder político. •

\* *N de E.* Término utilizado por el político y teórico yugoslavo Milovan Djilas para referirse a los dirigentes que administraban el poder y la riqueza estatal en la ex Unión Soviética.

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todavía # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



**... del remo hicimos ala al loco vuelo ...**  
(DIVINA COMEDIA, INFIERNO, CANTO 26)

## ¡A REMAR!

por OSCAR SMOJE artista plástico

Hace unos años, Carlos y Sylvia Gorriarena me ofrecieron su casa en el Delta del Tigre. Por primera vez después de mucho tiempo tenía y podía tomarme treinta días seguidos de vacaciones.

Venía de un largo parate en mi producción artística, casi tres años sin poder concretar imágenes. Algo no funcionaba. No podía dibujar ni pintar. Solamente leer (a veces) y escuchar música.

Ese enero pasé mucho tiempo en el muelle recobrando el paisaje y los sonidos de mi infancia en el Tigre. Un anochecer escuché que desde algún muelle vecino una voz preguntaba:

—¿A qué hora sale el primer jilguero?

Miré hacia el lado de la curva mala del río y vi que un bote remaba contra la corriente.

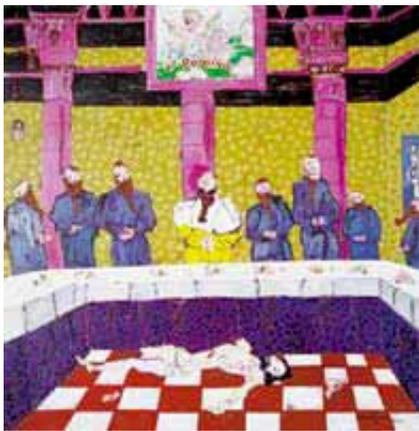
En mi botiquín de primeros auxilios tenía un bloc y tinta. Corté cañas y fabriqué plumas de distintos tamaños para dibujar, y exactamente el 23 de enero de 2001 pude comenzar.

Apuntes, impresiones, croquis rápidos, lentamente comencé a trabajar. Se produjo el clic. *A remar...* estaba navegando.

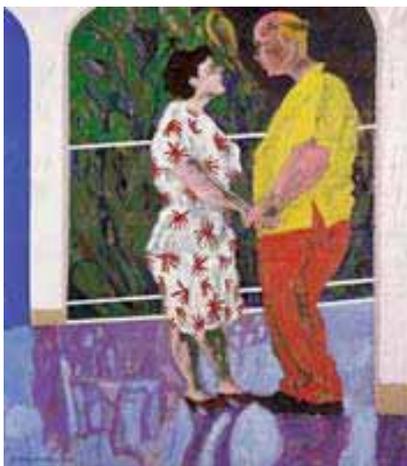
Cada verano, hasta el 2005, pasé siempre treinta días en el mismo lugar en el río Carapachay, realizando nuevas tintas para completar esta serie.

Lo que comenzó como una respuesta a un hecho puntual, continuó su desarrollo, lo cual demuestra que la salida más eficaz para todas las crisis, sean personales o institucionales, es ni más ni menos que decidirse... ¡*a remar!*

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todavía # 12 | Diciembre de 2005



CARLOS GORRIARENA  
*Sobre las revoluciones*, 2000  
Acrílico sobre tela, 175 x 175 cm.



CARLOS GORRIARENA  
*Querida nuestro siglo se acaba*, 1990  
Acrílico sobre tela,  
160,5 x 140,5 cm.

el rostro del hombre, no sé para qué pinto”.

Ese es un momento clave en la obra de Gorriarena. Los problemas propios de la pintura, esa necesidad de “ver el rostro del hombre”, parecen fundirse con la actitud que el artista asume frente a los acontecimientos políticos que asolan el país. La posesión de un lenguaje maduro, ya consolidado, le permite encarar, desde la pintura, un testimonio consciente de lo que sucede a su alrededor; la pintura es su militancia: “tenía familiares cercanos muertos, amigos muertos. Tenía un problema moral, mi hija había tenido que irse del país, mi hijo se fue después. Yo quería dormir tranquilo. Tenía tanto miedo como los demás pero me impuse como un deber exponer todos los años”. A través de la obra, entonces, pudo procesar la frustración que sintió al ver perdida la esperanza de cambio que había representado el gobierno de Héctor Cámpora, y al mismo tiempo, expresar lo que sucedía en el presente. Para Gorriarena se trata, sí, de cerrar un período pero sobre todo de proyectar hacia el futuro.

Práctica artística y actitud de vida se confundían así en un solo gesto: “a mí siempre me han interesado los italianos. Desde Gramsci en adelante fueron los más lúcidos dentro del marxismo. Ellos plantearon con mucha claridad dos tipos de ética. Hay una ética del hacer pero hay también una ética política y ciudadana. Personalmente adhiero a las dos. Creo que lo esencial de un pintor es la ética del hacer, si ésta no existe no hay solución. Pero si existe el pintor, defendiendo la ética ciudadana. Los intelectuales y los artistas deben dar la jeta en el momento en que hay que darla, no diez años después. Eso yo lo asumo para mí, si los demás no lo hacen que por lo menos asuman la ética del hacer; pero para mí las dos van unidas”. Con el regreso de la democracia, la actitud de Gorriarena se modifica nuevamente. Liberado de su voluntad *militante*, su obra aborda otro tipo de problemas: la banalidad que se apodera de la vida pública o una revisión de la historia, pero sin las urgencias del *afuera*. *Neón* –una obra en la que una serie de personajes se exhiben en el

## CARLOS GORRIARENA

### NADIE DERRAMA UNA LÁGRIMA POR LA PINTURA

por MARÍA TERESA CONSTANTIN historiadora y crítica de arte

Un muro ocre cortado por tres pilares fucsias delimita una sala en la que se habría llevado a cabo un cónclave. Los participantes, una vez concluidas las negociaciones, de pie, parecen sobarse las manos. Delante de la mesa, abrazando la horizontalidad del plano, se encuentra un cuerpo despedazado del cual se habrían alimentado los oficiantes. Se trata de *Sobre las revoluciones*, una antropofágica última cena realizada por Carlos Gorriarena en el año 2000. Un año después, el artista pinta *Espacio denso*, en el que las formas del cuerpo de pie de una mujer se elongan hacia lo alto mientras se quita una última prenda. Las curvas de la íntima sensualidad de ese cuerpo inundan el espacio del soporte mientras establecen un diálogo intenso con el color.

Opuestas en su temática y resolución, las dos obras aparecen proponiendo la amplitud de límites entre los cuales se ubica la producción pictórica de Gorriarena: las preocupaciones sobre la época que le tocó vivir y el mínimo gesto de lo humano cotidiano. Para el artista se trata de responder con la misma intensidad tanto frente al hecho político como frente a un desnudo. Sin embargo, hubo momentos en los que la pintura de Carlos Gorriarena estuvo intensamente signada por la cuestión política. Así, en la década del '60, luego de algunas obras que mostraron su interés por la abstracción, produce una serie de trabajos agrupados bajo los títulos de *Cojones y Banderas*, *Orejas y Onganiatos*. En ellos, seres amorfos y formas fetales son rodeados por banderas o algún otro símbolo que evoca los planteos antiimperialistas que marcaron esa época.

De la misma manera, entre 1976 y 1983, durante el último gobierno militar, el artista realizará obras como *La sombra de los días*, en la que aparece el rostro en primer plano de un muerto amortajado por la bandera argentina, *Clase de Historia Nacional*, en la que un fantasmagórico Perón es cobijado por el paraguas de Rucci o *Reunión cumbre en el jardín de invierno*, que alude a pactos sellados en las sombras. En las series de los años '60 utiliza un lenguaje expresivo, gestual y con escasos elementos figurativos. Luego, el ritmo de los acontecimientos políticos incidirá en la definición de su lenguaje e irá hacia la figuración: “me ayuda a expresar lo que quiero. No es que sea mejor que otra cosa pero a mí personalmente me ayuda. Si en mi pintura no veo

interior de un bar, bebiendo entre luces de neón– recibe el Primer Premio Adquisición del Salón Manuel Belgrano. Simbólicamente, ese premio señala un nuevo giro en su obra y en sus preocupaciones: la mirada, ahora intensamente sarcástica, se dirige hacia un entorno más cercano y menos urgente. Durante esa década, otra serie de premios y distinciones indican un definitivo reconocimiento a su producción.

Mientras, aquello que lo conmueve continúa apareciendo con insistencia. Así, *Recuerdos del siglo XX*, una obra de 1994, se baña de un dejo amargo y aúna la revisión histórica con la evocación de momentos o hitos emblemáticos de la práctica artística. En esta obra, un desnudo a lo Matisse y la imagen de *El Grito* de Munch –en el que el artista noruego plasmó el más doloroso quejido contra los males del mundo– se disputan la composición con una ventana abierta hacia banderas rojas que llevan la hoz y el martillo, del derecho y del revés, y aluden a la frustración de los proyectos que habían centralizado la voluntad de cambios en el siglo. Con *Querida nuestro siglo se acaba*, de 1990, y *Persona del siglo que se va*, de 1999, una cuota de ternura y melancolía recuerda la fragilidad humana y, al inducir la reflexión sobre la levedad de la existencia, actúa como fragmento de las antiguas *vanitas* del Barroco. Nuevamente entre los extremos, Gorriarena aborda la tensa epopeya del siglo XX. La pintura es el modo desde donde explorar la vida, y para el artista “es algo muy particular. Lo que se dice pintando no se puede decir de otro modo. Como lo que se dice en teatro o en cine o escribiendo no se puede decir de otra manera, y estoy pensando en Truman Capote, para hablar de un escritor incommensurable”.

A pesar de que en algunas oportunidades utilizó otros recursos como las instalaciones, nunca insistió en ese tipo de experiencias y escogió siempre la pintura, aun cuando ésta se hubiera visto postergada o hubiera perdido visibilidad frente al éxito de nuevos procedimientos. Por eso, cuando se le señala que la pintura trabaja siempre con las mismas armas, Gorriarena argumenta: “Supongamos que técnicamente hemos llegado al máuser. Está bien; y como la guerra es la guerra, si no hay otra cosa, yo voy a utilizar el máuser y veremos las estrategias que me permite”.

En los años '80, con movimientos de artistas como la Transvanguardia italiana y los Nuevos Salvajes alemanes, el mundo de la plástica habló de un regreso a la pintura. La década del '90, sin embargo, con el uso extendido de nuevos medios como video, fotografía, diferentes procedimientos digitales y formas ligadas al neoconceptualismo, puso entre paréntesis esta apreciación. En la actualidad, desde centros importantes como Londres, figuras como Charles Saatchi, coleccionista, *marchand* y uno de los operadores de arte más poderosos, han vuelto a hablar del *regreso de la pintura*. Para Gorriarena no se trata de un regreso porque para eso “la pintura se tendría que haber ido. Pero dentro de cien años la pintura va a seguir existiendo. Sería como hablar del regreso del teatro. Una vez dije, y creo que fue un buen ejemplo, que la pintura es como las pirámides: nadie derrama una lágrima frente a ellas, pero pasan los años y las pirámides siguen estando”. •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todavía # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



Archivo gráfico de La Nación

Alfredo Bryce Echenique

## EL ABUELO EN BUENOS AIRES

Para escribir estas líneas he puesto uno de sus inmensos relojes de bolsillo sobre mi mesa de trabajo. Tuvo 31, porque siempre usó uno distinto cada día del mes. En fin, que al abuelo materno le gustaba eso que llamamos *las apariencias*, qué duda cabe, y 31 bastones tuvo y 31 pares de zapatos hechos a la medida, por el problema aquel de tener unos pies tan largos como trainera de regata Oxford-Cambridge y tan estrechitos como un alfiler. Le encantaba eso de ser muy flaco y tan alto y huesudo ya que por ello le llamaban El Caballero de la Triste Figura y era bueno hasta el punto de aceptar sin rencor alguno que su amigo don Mariano Tudela fuese bastante más alto que él, por la sencilla razón de que mi abuelo, al encontrarse en público con su amigo, no sólo se crecía ante la adversidad sino que literalmente crecía todos los centímetros que se rebajaba y encogía don Mariano hasta lograr esa mezcolanza de empate y pacto de honor de la que dan testimonio muchas fotos de aquellos años y, entre ellas, la que tengo aquí a mi lado también, junto al fabuloso Ulisse Nardin de leontina y oro, “Único Premio de Honor, Concurso Internacional de Puntualidad, Ginebra 1876”.

Yo quise con pasión y ternura a ese viejo que remaba a los 80 años y que era capaz de cambiarse, sin que jamás nadie se diera cuenta, hasta tres dentaduras postizas en un banquete de palacio de gobierno. El tiempo le ha dado totalmente la razón en la única explicación que dio acerca de sus neuromaniáticas hazañas: “Yo siempre he tenido problemas con lo postizo”. Y cuantísima razón le ha dado el tiempo al abuelo materno en otra de sus categóricas aseveraciones: “No trato de justificar mis dispendios. Sólo les aseguro que no soy lo suficientemente rico como para comprarme cosas baratas”. En Francia, llevé una vez a limpiar su Ulisse Nardin, el veintiúnico entre todos sus relojes de bolsillo que ha quedado en la familia. Tras haber abierto, una tras otras, sus tapas y más tapas finísimas –parecía un libro redondo con páginas de oro–, y tras haberse asomado y hasta asombrado, el relojero montpellerino exclamó: ¡Monsieur!, y siguió exclamando con su acento regional que en su vida había visto joya tan magnífica y que, por ninguna razón del mundo, donde quedaban aún seres tan honrados como él, podría limpiar ese reloj sin antes pasar por un notario: “A mí me puede partir un rayo esta noche, monsieur, y no quiero morir con la conciencia negra de pensar que usted no ha recuperado su Ulisse Nardin”. En fin, qué no pasó aquella vez en Montpellier, por haber querido yo sacar a pasear a Ulises para que me lo desempolvaren un poco.

En el reverso de la primera placa posterior de mi heredado tesoro, dice: “A don Francisco Echenique, sus compañeros del Banco de Londres y Río de la Plata, en ocasión de su enlace. Buenos Aires, 4 de mayo de 1912”. He tiritado de frío, en París, he lavado platos, en Mykonos, no pude mandar una carta de amor a Lima, allá por el 65, he tenido hambre, en Italia, pero aquí sigue el reloj conmigo y a veces lo visito en su escondite y le doy cuerda mientras le cuento cómo y por qué nunca lo pude vender: “Tu dueño nunca fue lo suficientemente rico para comprarse cosas baratas”, le explico con la garganta anudada y todo, mientras él me observa desdeñoso, semejante a los dioses. Después, ya para mí mismo, mientras cierro el escondite absurdo, tierno, sentimental e inútil, me voy diciendo, como quien se da ánimos: “Y tú nunca fuiste lo suficientemente desalmado como para vender a tu abuelo tan querido, el de la increíble historia de por qué en Buenos Aires se enamoró de una peruana porque la oyó decir plátano, en vez de banana”.

Llegué por primera vez a Buenos Aires en 1990 y, como era mi obligación y además porque lo deseaba de todo corazón, ya que es la gente más divertida y encantadora del mundo, fui a visitar a la familia de mi abuela materna. De los primos de mi edad, sólo estaba Beatrice. Sus hermanos Fernando y Miguel Ángel viven en Bariloche y en Salta, respectivamente. Laurita, su madre, viuda de mi tío carnal Guillermo Basombrío, decidió reunir a la familia, en mi honor. Beatrice se encargó de prepararlo todo porque hoy de todo aquel pasado tan sólo les queda Nanny, la gobernante irlandesa, pero a Nanny más bien la gobiernan ellos por lo ancianita que está la pobre. De la encantadora mansión de la calle Ayacucho, hoy tan sólo quedan los encantadores parientes que se reunieron en un departamento de la calle Rodríguez Peña.

Desde ahí, Laurita, sin un solo empleado, una sola secretaria o un solo fax, administra fabulosas estancias de gente que prefiere confiar en sus 83 años (entonces) de amistad que en el mejor administrador de lo que sea. He llegado caminando desde el pésimo hotel Bauen, en la calle Callao. Como Vallejo cuando decía: “Me pongo la corbata y vivo”, me he puesto mi Ulisse Nardin y he caminado loco de contento, emocionando y aleontinado, por decirlo de alguna manera que brille como mi relojazo chillandé por calles que caminé, señorón, don Francisco Echenique Bryce. Estoy en la puerta y procedo.

Y ya estoy adentro, sentado y familiar, y ya han sacado un ratito a Nanny, que se tiene que acostar temprano, para que salude al pariente peruano y se llene de recuerdos y temblor. La acuestan cuando la memoria se le va por Lima hasta su Irlanda natal y he quedado en una sala tocada por el XIX, ante una mesa baja y amplia sobre la cual reposa el azafate con las empanadas y varias garrafas de vino. Lampedusa era un gatopardito al lado de lo que estoy viendo y oyendo, dulcemente acribillado por la nostalgia y el cariño. Habló, por fin, el tío Manolito.

“Era un tipo lindo, tu abuelo, pero aquí en Buenos Aires no pudo quedarse porque al final ya andaba quebrado. Con su odio por todo lo postizo, hasta interrumpió directorios de Bancos para repetir aquello de que se decía plátano y no banana. Y al pobrecito el banana le caía pésimo pero diario entraba a un restaurant y, zuá, le soltaba al maitre su eterno ‘Traígame usted un plátano, por favor, uno de éstos que ustedes llaman banana.’ La cosa acabó mal, pobre Francisco. Un día entró a una confitería con el dinero justo para un café. Pero lo descubrieron mil damitas de la sociedad y tuvo que invitarles de todo. Abrumado y sin que ellas lo notaran, siquiera, se dirigió a la caja a pagar con uno de sus famosos relojes. Y se topó con un mozo mucho más alto que él y que le dijo: —Mire, don Francisco, aquí ya todos estamos hartos de que se diga plátano y no banana, pero es usted un caballero y yo no le voy a aceptar su reloj.”

Déjenme contarles yo mismo el desenlace porque, desde aquella noche con mis parientes de Buenos Aires, a mi abuelo simplemente lo adoro. Viéndolo nuevamente sentado en su mesa, el mozo mucho más alto que él le trajo un platito lleno de pesos, para que sus acompañantes creyeran que ya había pagado y que le estaban dando su vuelto. Generoso, como siempre, mi abuelito miró al mozo gigantesco y, acercándole serenamente el platito lleno de monedas, le dijo: —Quédeselos de propina, nomás. •

**Alfredo Bryce Echenique** nació en Lima, Perú, en 1939. Se graduó de abogado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y es doctor en Letras por la misma universidad.

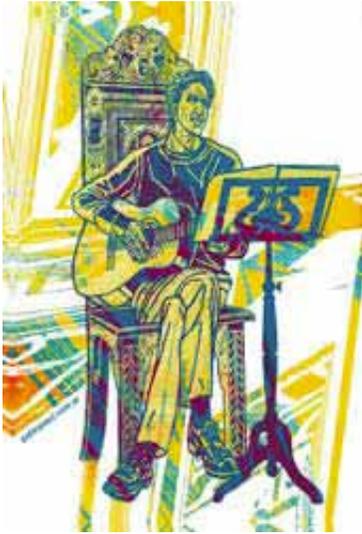
Su labor literaria se inicia en el año 1968 con *Huerto cerrado*, su primer libro de cuentos, que obtuvo una mención especial en el Concurso Casa de las Américas (Cuba). En 1970, publica *Un mundo para Julius*, la novela con la que alcanza un gran reconocimiento internacional y por la que recibió el Premio Ricardo Palma (1972). También es autor de las novelas *Tantas veces Pedro* (1974), *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981), *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985), *La última mudanza de Felipe Carrillo* (1988), *Dos señoras conversan* (1990), *No me esperen en abril* (1995) y *Reo de nocturnidad* (1997) —distinguida con el Premio Nacional de Narrativa, en 1998—. En 1999, aparecieron *La amigdalitis de Tarzán* (novela) y *Guía triste de París* (cuentos), y en el año 2002 obtuvo el Premio Planeta por la novela *El huerto de mi amada*.

Se ha desempeñado como profesor en universidades de Francia, Estados Unidos y América Latina.

En el ámbito del periodismo, ha colaborado con importantes diarios y revistas de Perú, España, Chile, México, Argentina y los Estados Unidos.

www.revistatodavia.com.ar  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



Artista invitado  
**PABLO PÁEZ**

## EL REVÉS DEL REVÉS DEL REVÉS DEL REVÉS

Caetano Veloso vivió en San Pablo entre 1967 y 1969. De su experiencia en esa megalópolis moderna –donde convivían el ritmo despiadado de la gran ciudad y la efervescencia de las vanguardias que renovaban la música, la poesía y el teatro– surge la canción “Sampa”, adoptada informalmente como himno por los paulistas. En sus versos se advierte la fascinación del autor por esa dinámica arrolladora pero también el extrañamiento y la distancia.

por GUILHERME DE ALENCAR PINTO músico e investigador

El disco *Muito* (1978), de Caetano Veloso, fue acogido con mala crítica y tuvo en su primer año de carrera ventas muy flojas para los estándares brasileños (unos 30.000 ejemplares). Con el tiempo, se convirtió en uno de los trabajos clásicos de Caetano. “Sampa”, un canto a la ciudad de San Pablo, se ubicaba discretamente en el segundo surco de la cara B del LP. En la medida en que se fue difundiendo, consagrando,

cristalizando, la canción ganó un peso afectivo tan profundo para los paulistas que, durante años, Caetano se rehusó a cantarla en sus presentaciones en la ciudad: le daba pudor, quizá, parecer demagógico.

Cuando finalmente accedió a hacerlo, la ocasión tuvo la forma de un evento excepcional y preparado: se montó un escenario en la esquina de las avenidas Ipiranga y São João, mencionadas en la primera frase del texto. El espectáculo empezó la noche del 24 de enero de 2004, y reunió alrededor de 70.000 espectadores que pudieron apreciarlo, bajo la lluvia, con la ayuda de cuatro pantallas gigantes. Entre el público estaba la intendenta Marta Suplicy. Actuaron como invitados prestigiosos músicos paulistas (Jair Rodrigues, Jairzinho Oliveira, Nando Reis y José Miguel Wiznik), además del ministro de Cultura, Gilberto Gil. Pasada la medianoche (los primeros minutos de la fecha en que se conmemoraban los 450 años de la ciudad) Caetano cantó “Sampa”, a capela, coreado por la multitud. Fue quizá el evento más sensacional de la celebración del aniversario.

Es evidente que no hay competencia seria para “Sampa” como candidata al himno espontáneo de San Pablo. Así lo siente la mayoría de los brasileños, incluso y especialmente los paulistas. Pero es un caso extraño, como himno o aun como mero homenaje consagrado por la gente.

Nacido en 1942 en el pueblito de Santo Amaro da Purificação (Bahía), Caetano conoció San Pablo en 1965 y residió allí, en la avenida São Luís (a pocos metros de la famosa esquina) desde 1967 hasta que fue encarcelado y exiliado (junto a Gil) en 1969. En ese período, en esa ciudad, él y Gil gestaron el movimiento tropicalista y lo lanzaron en el agitado festival de la emisora Record, operando uno de los mayores sacudones en la historia de la cultura brasileña. La canción que Caetano estrenó entonces fue “Alegria, alegria” (1967), que describía, en caliente, su contacto y fascinación con el paisaje de una megalópolis moderna.

En la visión retrospectiva de “Sampa” el autor cuenta su sorpresa y su rechazo iniciales, y el proceso de revelación progresiva de los encantos paulistas y de sus insospechadas potencialidades. Quizá no haya otra forma de poetizar de modo convincente los misteriosos atractivos de una ciudad sin tarjetas postales, asociada sobre todo al trabajo y al dinero, insegura, laberíntica, contaminada, de feo clima, carente de exotismo, donde la angustia por cumplir los horarios choca con interminables embotellamientos.

### Poesía concreta

La palabra “Sampa” funciona como apodo (de hecho, gracias a la canción se convirtió en la designación cariñosa de la ciudad). Pero es sobre todo una palabra-valija, que combina “São Paulo” con “samba”. Hay dos maneras evidentes de empobrecer el título explicándolo: “el samba de San Pablo” o “a lo paulista”. Existe un estilo de samba paulista, que Caetano imita en forma magistral con la música de la canción y que fue difundido sobre todo por el grupo Os Demônios da Garoa –aludidos “en negativo” como “*deuses da chuva*”–. Vinícius de Moraes señaló con maldad que “San Pablo es el túmulo del samba”, por considerar que, para los referentes originarios de Bahía o Río, el samba paulista suena torpe, pobre, duro. Caetano se las arregla para confirmar y simultáneamente desmentir el veredicto: lo ratifica repitiendo sin ironía aparente la frase de Vinícius, y lo desmiente con el encanto de la propia música de “Sampa”, cuyo ritmo recuerda la potencialidad del estilo, su “*deselegancia discreta*” que, como la de las muchachas paulistas, se puede mirar y descubrir como antielegancia, es decir, como una manera alternativa de ser elegante. El autor pone en cuestión la actitud de tildar de mal gusto esas muestras de mal gusto.

Uno podría señalar con maldad que Caetano es bahiano e hizo con “Sampa” quizá el más encantador de los sambas paulistas. Pero la melodía no es totalmente original (aunque sí bastante). La música con que se canta el último verso de cada una de las estrofas es la misma que la del verso final de “Ronda” (1951), de Paulo Vanzolini, el más famoso de los

sambas paulistas auténticos. El estilo instrumental de "Sampa" evoca la grabación original de "Ronda" por Bola 7, así como a los Demônios.

Si la primera línea ("*Alguma coisa acontece no meu coração*") establece el enfoque subjetivo, la segunda ("*que só quando cruza a Ipiranga e a avenida São João*") ayuda a develar, combinado con el estilo musical, el entorno geográfico que es la identidad del interlocutor de la canción, es decir la ciudad, que nunca va a ser nombrada. Quizá inconscientemente, Caetano tiró aquí la primera semilla para la transformación de la canción en himno, ya que la palabra "Ipiranga" está asociada, sobre todas las cosas, al inicio del himno nacional brasileño: "Ouviram do [rí]o Ipiranga, às margens plácidas", frase que remite al lugar y al momento del "grito de la Independencia" en 1822. No es propiamente una alusión, pero deja el perfume de un tópicos que subyace a la canción, el amor de Caetano por San Pablo y una de sus obsesiones recurrentes (expresada en canciones, entrevistas y escritos): la necesidad de que los brasileños se emancipen de la fijación inmovilizadora presente en la utopía de lo primitivo y de lo exótico y asuman (sin darle la espalda a lo ancestral o lo característico) su rol (¿destino?) como nación moderna, para lo cual es esencial descubrir la poesía de las esquinas de hormigón (en portugués, "concreto").

"Me niego a folclorizar mi subdesarrollo para compensar dificultades técnicas", decía Caetano a los 24 años en una entrevista. Esta frase capturó al poeta de vanguardia Augusto de Campos, que se convirtió en su mentor intelectual. Junto a su hermano Haroldo de Campos y a Décio Pignatari (todos paulistas), Augusto había sido el fundador, en 1956, del movimiento de Poesía Concreta. En esa forma de poesía visual lo plástico interactúa en forma dinámica con lo verbal, que se libera de la lectura lineal en versos y se dispone, al decir de Caetano, en "*espacios*" y en "*campos*" (aquí se cuela el apellido de los hermanos). La poesía concreta, antibucólica y antisubjetiva ("*dura*"), fue un aporte originalísimo de Brasil a la vanguardia literaria mundial. A partir de 1967, cuando Caetano la descubrió, se convirtió en una influencia importante en el tropicalismo.

La letra de "Sampa" no es poesía concreta propiamente dicha, pero coincide con el concretismo en la concepción de *collage*, donde muchos de los sentidos se forman por la mera yuxtaposición y montaje de referencias. En la canción la cualidad poética puede nacer del equívoco, de la ilusión auditiva propiciada por una frase confusa: "*quem vem de outro sonho feliz de cidade*" alude al que viene de un ideal de ciudad bien distinto (como Caetano, que había residido en Santo Amaro, Salvador y Río) pero también, si dejamos que nuestro oído acostumbrado corrija ese verso de construcción no ortodoxa, al que viene de otra concepción de felicidad. Para no asustarse ante "*lo que no es realmente viejo*" tenemos que ser "*mutantes*", el nuevo hombre reformulado, como los jóvenes paulistas de Os Mutantes, probablemente el más original y desenfadado grupo de rock latinoamericano de los años sesenta (y que se integró junto con Gil y Caetano al movimiento tropicalista). Rita Lee, voz principal de Os Mutantes, "no existía" para Caetano porque su carrera solista importante arrancó recién en 1973. Si él hubiera dispuesto en los años sesenta de la "*completa traducción*" que hace Rita del espíritu de la ciudad, el primer contacto hubiera sido más ameno e inmediato.

Todos los elementos culturales nombrados o aludidos en la canción integran el empuje modernizador paulista. Además de los concretistas y de Os Mutantes, aparece *Pan-América*, título de una novela experimental radical (1967) de José Agrippino de Paula. Incluida en la cita está la empresa aérea PanAm, cuyas oficinas quedaban en el edificio Itália, uno de los más altos de San Pablo, ubicado en la esquina de São Luís e Ipiranga, frente al departamento de Caetano. Las "*oficinas de florestas*" aluden al grupo teatral Oficina, dirigido por José Celso Martínez Corrêa, que también en 1967 realizó el estreno tardío de la pieza *O rei da vela* (1937) del modernista paulista Oswald de Andrade (1890-1954). El Oficina pasó a ser visto como la contrapartida teatral del tropicalismo y propició el primer contacto de Caetano con Oswald, importante referente a partir de entonces.

La referencia al "*kilombo de Zumbi*" (mediatizada por otro importante hecho cultural paulista de los sesenta, la obra teatral experimental *Arena conta Zumbi*) es una metáfora de la emancipación y la libertad para los "*oprimidos en las villas, favelas*", y también de una comunidad utópica donde confluyen los inconformes de diversa procedencia e historia. Pero además se asocia al tema de la africanidad ("*Áfricas utópicas*") y a sus connotaciones más frecuentes, tributarias de cierto prejuicio positivo: ritmo, sensualidad, instinto, misticismo animista. Aunque la canción esquivada el clisé de la "*selva de cemento*", la evoca con las "*oficinas de florestas*", y de ahí pasa a los "*dioses de la lluvia*", la dimensión mágica, "primitiva", que Caetano se rehúsa a folclorizar pero que tampoco pretende relegar. El componente mágico convive con (o incluso deriva de) aquello que aprendemos a llamar "*realidad*", porque San Pablo es "*el revés del revés del revés del revés*".

### Un himno honesto

"Sampa" es un himno al revés, un antihimno. En lugar del nosotros local ("*Allons, enfants de la patrie*", "*con gloria vivamos*", "*sabremos cumplir*", "*nosso peito juvenil*"), el narrador es claramente un yo ajeno. En lugar de la apología incondicional encontramos un abordaje dialéctico y argumentativo, donde los aspectos negativos ni se omiten ni se anulan, sino que se integran al complejo panorama. Su expresión es cauta: el futuro no es cierto, sólo "*posible*", las cosas no le pasan a un "pueblo" abstracto sino a "*mi corazón*". Tienen poca importancia los hechos históricos ancestrales o heroicos: lo que se destaca es el ambiente palpable y una acumulación contundente de hechos culturales. Se señalan también las potencialidades.

El himno como género es una autoafirmación colectiva. San Pablo, sin embargo, no se presta a ello por los medios establecidos. La primera impresión que deja como ciudad nunca podría traducirse en los términos de una "*Cidade maravilhosa, cheia de encantos mil*", como la marcha carnavalesca emblemática de Río de Janeiro. Nuestras tradiciones poéticas no están preparadas para cantar "*la fuerza de la plata*" ni la rutina del trabajo, vistas como antipoesía por excelencia. Hace años que grandes centros como San Pablo son "*curtidos en una buena*" por millones de personas, pero las formas establecidas de concebir el confort, el placer y la utopía (las más incluso, confieso) no saben designar o poetizar esa clase de objetivos vitales. La utopía, como se puede ver en cualquier película de ciencia-ficción, sigue

teniendo el aspecto de una alborada campestre, no de una megalópolis. "Sampa" no resuelve el problema pero lo señala y lo asume. Es todo un mérito paulista el haberla adoptado como himno, quizá el más complejo y honesto que se haya escrito. •

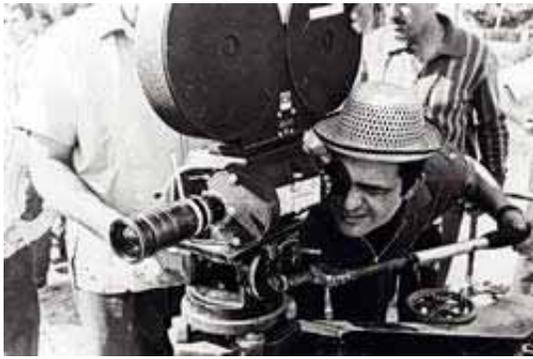
## Sampa

Alguma coisa acontece no meu coração  
Que só quando cruza a Ipiranga e avenida São João  
É que quando eu cheguei por aqui eu nada entendi  
Da dura poesia concreta de tuas esquinas  
Da deselegância discreta de tuas meninas  
Ainda não havia para mim Rita Lee  
A tua mais completa tradução  
Alguma coisa acontece no meu coração  
Que só quando cruza a Ipiranga e avenida São João

Quando eu te encarei frente a frente e não vi o meu rosto  
Chamei de mau gosto o que vi, de mau gosto, mau gosto  
É que Narciso acha feio o que não é espelho  
E a mente apavora o que ainda não é mesmo velho  
Nada do que não era antes quando não somos mutantes  
E foste um difícil começo  
Afasto o que não conheço  
E quem vem de outro sonho feliz de cidade  
Aprende depressa a chamar-te de realidade  
Porque és o avesso do avesso do avesso do avesso

Do povo oprimido nas filas, nas vilas, favelas  
Da força da grana que ergue e destrói coisas belas  
Da feia fumaça que sobe, apagando as estrelas  
Eu vejo surgir teus poetas de campos, espaços  
Tuas oficinas de florestas, teus deuses da chuva  
Pan-Américas de Áfricas utópicas, tûmulo do samba  
Mas possível novo quilombo de Zumbi  
E os Novos Baianos passeiam na tua garoa  
E novos baianos te podem curtir numa boa

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005



Rodaje de *El dependiente*



*Soñar, soñar* (1975)

## LEONARDO FAVIO, CINEASTA DE CONDENADOS Y REBELDES

Nazareno Cruz y el lobo, Juan Moreira, Gatica: en estas películas Favio elige contar la historia de personajes legendarios que terminan habitando los márgenes de la sociedad. Y lo hace con recursos formales sorprendentes por su precisión y su contundencia visual. Esa estética audaz, que se nutre de las corrientes más renovadoras del cine europeo pero también de los géneros populares, es la marca de un estilo admirable.

por DAVID OUBIÑA crítico cinematográfico, profesor en la UBA y en la Universidad del Cine

I  
Leonardo Favio ha sido siempre un cineasta inclasificable. Aunque ha evitado toda concesión, posee una llamativa capacidad para captar los gustos del público. Realizó un cine convocante sin renunciar a la experimentación y, en este sentido, su obra (que, al cabo de cuarenta años, se concentra en unas pocas películas) constituye un ejemplo de notable originalidad. Alejado del costumbrismo endémico del cine argentino, pero también de las vanguardias iluminadas y del realismo social, ha desarrollado una poética absolutamente personal, al margen de cualquier dogma o moda estética.

Intuitivo, brillante, refinado, dueño de una técnica minuciosa y de un singular sentido de la belleza, se trata de uno de los cuatro o cinco nombres insoslayables en la historia del cine argentino.

II  
Favio se inició como actor radial y de allí pasó al cine. Leopoldo Torre Nilsson lo convocó para participar en *El secuestrador* (1958) y, a partir de entonces, se convertiría en una presencia frecuente en las películas de la Generación del '60: *El jefe* (Fernando Ayala, 1958), *Fin de fiesta* y *La mano en la trampa* (ambas de Torre Nilsson, 1960), *Dar la cara* (José Martínez Suárez, 1961), *Los venerables todos* (Manuel Antín, 1962) y *El octavo infierno* (René Mugica, 1963), entre otras.

En 1960 dirigió un cortometraje titulado *El amigo*, y en 1964 debutó en el largometraje con *Crónica de un niño solo*. El film —una mirada cruda sobre los reformatorios y las villas miseria— irrumpió con la potencia de una revelación: Favio lograba articular ciertas influencias de las nuevas corrientes europeas mediante las coordenadas de una estética propia que rompía las barreras entre cultura elevada y cultura popular. Así como es posible advertir las enseñanzas de Torre Nilsson, Robert Bresson, François Truffaut o Luis Buñuel, al mismo tiempo la película se alejaba de otras películas sobre la burguesía urbana (que caracterizan a gran parte de la Generación del '60) hacia un cine del margen, con personajes anónimos y castigados por condiciones sociales miserables. Dotado de una profunda intuición y, a la vez, de una conciencia clara sobre los recursos formales, Favio combina de manera notable los films de cineclubes con su experiencia en el radioteatro y el teatro trashumante.

*Éste es el romance del Aniceto y la Francisca, de cómo quedó trunco, comenzó la tristeza... y unas pocas cosas más* (1966) y *El dependiente* (1968) desarrollarán esa particular mirada sobre los humildes. Trabajando siempre junto a su hermano, el guionista Zuhair Jorge Jury, Favio revela una admirable economía de recursos, una impecable marcación de actores, una cuidada técnica narrativa y una expresiva composición visual. Estos films ponen en escena una sensibilidad exquisita para construir climas y para conferir densidad a pequeños conflictos y a personajes simples. La maestría de Favio consiste en trazar todo un mapa social a través del derrotero de un niño delincuente, de un insignificante tahúr provinciano o de un oscuro dependiente en una ferretería de pueblo.

Esos primeros films alcanzaron un notable reconocimiento crítico pero no fueron grandes sucesos comerciales. A principios de los '70, se sucedieron numerosos proyectos que nunca llegaron a concretarse: un film sobre el anarquista Severino Di Giovanni, otro sobre Simón Bolívar, otro sobre la vida de Jesucristo. Mientras tanto, Favio se había lanzado como cantante melódico y comenzó a obtener un éxito sorprendente. El cambio desconcertó a todos: la figura del director prestigioso entre los espectadores de cineclubes no coincidía con la de este intérprete de canciones románticas que era seguido por un ejército de admiradoras y que hacía giras por toda Latinoamérica. Favio parecía renegar de su obra cinematográfica para consagrarse de lleno a su nueva faceta de cantante popular.

### III

Sin embargo, en 1972 el director volvió al cine. Luego de muchas dificultades, logró filmar *Juan Moreira*. El Instituto Nacional de Cinematografía había comenzado a desarrollar una política que favorecía los créditos a obras de tema histórico o dedicadas a exaltar a los héroes nacionales. Las películas sobre próceres se habían puesto de moda. El film de Favio, sin embargo, se resiste a ser incluido en esa corriente: perseguido por la Ley, pendenciero y cimarrón, el gaucho rebelde Juan Moreira no era un personaje ejemplar. Pero lo que le interesaba al director era precisamente el valor legendario y justiciero que habían adquirido sus acciones en los relatos populares: tomando como base el folletín de Eduardo Gutiérrez (1880) y la pieza circense de los hermanos Podestá (1884), pero también estableciendo distancia con sus antecesores, el cineasta narra la historia de un gaucho honesto que es empujado al crimen y obligado a convertirse en un bandido fugitivo de la Ley.

Se trata de un film operístico y barroco, desmesurado, audaz, más cercano a la melancolía del *western* que a la epopeya gauchesca. *Juan Moreira* es visualmente deslumbrante e impone un giro en la obra del realizador: un mayor despliegue en la puesta en escena, la incorporación del color, el rescate de historias pertenecientes al imaginario popular y la apropiación de géneros menores (en este caso es el folletín, pero luego serán el radioteatro en *Nazareno Cruz y el lobo* y la comedia familiar en *Soñar, soñar*). Estas elecciones manifestaban una voluntad de llegar a capas de público más amplias. En efecto, *Juan Moreira* se convirtió rápidamente en uno de los films más taquilleros de la historia del cine argentino. Favio había descubierto un cruce posible entre el cine político y el comercial. En adelante, trabajará a partir de puntos de vista colectivos y de arquetipos populares para construir una perspectiva crítica sobre la cultura argentina. Si algo comunica a Moreira con Nazareno Cruz o con Gatica es su condición de marginales: condenados, desplazados, olvidados, postergados. En las vidas trágicas de los íconos populares, el director encuentra una nueva inflexión para cuestionar la historiografía oficial porque siempre adopta la versión silenciada de los oprimidos.

Basada en una radionovela de Juan Carlos Chiappe, *Nazareno Cruz y el lobo* (1974) recrea el mito popular del lobizón. Favio sitúa el relato en un tiempo legendario y un espacio mágico, negociando con el estilo kitsch de las fábulas melodramáticas: música pegadiza, filtros difusores y delicados colores pasteles acompañan el romance entre Nazareno y Griselda, dos amantes celestiales, puros, eternamente jóvenes y bellos. El diablo (un pequeño diablo provinciano, que envidia en secreto la humanidad orgullosa del héroe) le ofrece poder y riquezas a condición de que renuncie a Griselda. Es una disyuntiva falsa, por supuesto, porque Nazareno nunca podría traicionar o traicionarse: "El amor, que en todo ser es dicha, en vos será tragedia", le dicen en el pueblo. Es que a los seres condenados por un destino injusto toda felicidad les está prohibida. *Nazareno Cruz y el lobo* superó el éxito de *Juan Moreira* y se consagró como la película más vista del cine argentino.

En *Soñar, soñar* (1975), un cándido muchacho de pueblo es convencido por un artista trashumante, inescrupuloso y embustero, para que abandone su vida rutinaria y pruebe suerte en la gran ciudad. El tema se inscribe en la línea de las comedias de entretenimiento para toda la familia (ese género liviano y escapista, muy difundido en el cine argentino durante la década '70); pero Favio le infunde un tono de sátira amarga, oscura y desencantada, con lo cual subvierte toda normativa. En una arriesgada inversión de su imagen pública, el célebre campeón mundial de box Carlos Monzón y el popular cantante melódico Gianfranco Pagliaro protagonizan un despiadado relato sobre el tópico del joven provinciano que busca triunfar en la capital. Pero a pesar de que Favio exhibe un gran virtuosismo en el manejo de las cámaras y en la dirección de actores, a pesar de que despliega un depurado talento para la construcción de climas dramáticos, *Soñar, soñar* fue el primer fracaso rotundo en su carrera.

Reconocido militante peronista, luego del golpe militar de 1976 Favio se exilió en México y en Colombia y no regresaría definitivamente al país hasta comienzos de los '90. El costoso rodaje de *Gatica, el mono* ocupó gran parte de 1991 y la posproducción, todo 1992. La película se estrenaría recién al año siguiente. En el ascenso y la caída del controvertido boxeador, el cineasta entrevé una alegoría del primer gobierno de Perón, cuando los sectores más desprotegidos adquirieron una repentina visibilidad en la vida política argentina. "A mí se me respeta", insiste el boxeador que se cree un tigre pero a quien los demás apodan "el mono". Sin duda, Gatica es ambas cosas, y Favio aprovecha su carácter complejo para reconstruir el mapa de toda una época. Los personajes legendarios han sido reemplazados por una figura de peso público en la historia reciente que, sin embargo, se convierte en mito bajo la mirada del realizador.

En este sentido, su documental *Perón, sinfonía del sentimiento* (concluido en 1999, luego de varios años de trabajo) extrema la apuesta. La historia del peronismo según Favio es parcial, capciosa, arbitraria y anacrónica, con momentos sublimes y momentos de desembozada cursilería. No reniega ni del lirismo de sus films anteriores ni de la iconografía fascistoide que los detractores suelen asociar a la figura del caudillo. La mirada sobre la historia es la de una leyenda romántica, en cuyo centro Perón y Evita aparecen como los esperados mesías que habrían venido a salvar a las masas.

### IV

La pasión por rescatar aquello que la memoria oficial desprecia, el rigor estético de su propuesta, el desprejuicio con que se enfrenta a materiales de la cultura alta y la cultura baja, otorgan al cine de Leonardo Favio un vigor y una coherencia admirables. Al nivelar sus componentes (tanto en el uso desmitificador de los recursos de los nuevos cines de los años '50 y '60 como en el extrañamiento con que se apropia de géneros populares), el director los potencia de manera tal que conservan un valor doblemente subversivo: contra el elitismo arrogante de la cultura elevada y contra los productos estandarizados de la cultura de masas.

Si rescata a los anónimos, a los bandidos, a los desposeídos, es porque ve en ellos la única forma de resistencia que merece apoyarse. Por eso, la de Favio es una mirada piadosa sobre quienes parecen condenados y, aun así, persisten en una obstinada rebeldía. Ésa es la desesperada conciencia de Juan Moreira, que observa el último sol con una melancolía

que ya no es de este mundo mientras se dispone a arrojarse sobre un pasillo atestado de trabucos. El final se demora: Moreira no tiene apuro porque sabe que no hay ninguna lección que aprender, ninguna catarsis purificadora. Sabe que, al cabo, sólo habrá un muro infranqueable. Igual sale y enfrenta a los soldados con apasionada convicción. Eso es lo que confiere al cine de Leonardo Favio su desgarradora belleza. •

[www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar)  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual. ISSN 1666-5872



## FERRO

### por Ferrito

Mamá admiraba a los plumistas Gibson y Rechain. Y creo que me inculcó su amor al dibujo. Según ella, dibujé antes de aprender a hablar. Y así fui dibujante. O si alguien lo prefiere, un simulador de mérito. Trabajé como tal 72 de mis 88 años, y sigo viviendo de mi disfraz.

Cuando el presupuesto familiar no dio para mandarme a Bellas Artes a intentar que mi afición se convirtiera en carrera, confieso que me alegré. Pero me ganó el pánico al imaginarme atrapado en un laburo contra reloj.

Sin embargo, el milagro se produjo. Entré como cadete en una revista y muy pronto obtuve mi primer ascenso: de “*Che, Pibe*” pasé a “*Che, Ferrito*”.

#### ¿Cuánto le debo, mozo?

Después, gracias a los buenos vientos que soplaban en la época para el dibujo y para las historietas, pude llegar a encontrarme con quien me pagó para enseñarme todo: Dante Quintero.

Agrandado, firmé mis trabajos con un machazo FERRO. Pero no convencí a nadie. Para todos seguí siendo Ferrito, en *Patoruzú* y en todas partes, hasta hoy. ¿Por qué? Nunca lo entendí bien. Si es porque me ven como un chico grande, tienen razón.

Eduardo Carlos Ferro nació en Avellaneda en 1917. Comenzó su carrera como colaborador permanente en las revistas *El purrete* y *Magazine azul*, del Buenos Aires Herald, y en poco tiempo se sumó al staff de *Patoruzú*. Trabajó también en las revistas *Patoruzito* y *La Cancha* y en el diario *La Razón*. En forma más esporádica, dibujó en *Crisis*, *Comic Magazine*, *El Cronista*, *El Hogar*, *Radiolandia*, *La Maga*, *La Nación*, *La Gaceta de Tucumán* y en *As*, de España.

Sus personajes más conocidos son Bólido, Pandora, Tara Service, Cara de Ángel, Pampa Bárbara, Chapaleo, Langostino con su Corina y Don Pitazo.

Entre otras distinciones, su obra recibió los premios El Sarrasqueta, otorgado en la Bienal de Córdoba, el Eternauta, otorgado por Fantabaires, y Pujía, de la Asociación de Dibujantes.

A fines de 2004, los más reconocidos dibujantes le rindieron un cálido homenaje a quien consideran un referente, un maestro.

www.revistatodavia.com.ar  
todaVÍA # 12 | Diciembre de 2005